

Belkys Rodríguez Blanco

LA PUNZADA DEL GUAJIRO

y otros cuentos

Prólogo de Manuel Díaz Martínez



BETANIA



Abuela Lita

LA PUNZADA DEL GUAJIRO



Abuelo Felipe

Belkys Rodríguez Blanco

**LA PUNZADA DEL
GUAJIRO**
y otros cuentos

Prólogo de Manuel Díaz Martínez

editorial **BETANIA**

Colección NARRATIVA

Colección NARRATIVA

Portada: Foto de Batabanó, de Ramón Rivero.

© Belkys Rodríguez Blanco, 2021

Editorial Betania

Apartado de Correos 50.767

28080 Madrid, España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog EBETANIA: <http://ebetania.wordpress.com>

I.S.B.N.: 978-84-8017-433-6.

Depósito legal: M-8896 - 2021

A Ramón, mi Andaluz,
por la complicidad desde que amanece.

A mis padres y mis abuelos,
por arroparme aun en la distancia.

A Batabanó, pueblo de tierra *colorá* y salitre.



Coche antiguo en Batabanó

PRÓLOGO

Estas páginas traviesas
que aletean en tus manos,
habitadas de cubanos
y de cubanas sorpresas,
sé que te atraparán. Presas
de ellas verás tu razón,
tus sueños, tu corazón,
y te dirás al momento:
la vida no será un cuento,
mas los cuentos vida son.

Manuel Díaz Martínez



Iglesia de Batabanó. Foto de Ramón Rivero.

EL ALBOROTO DE CACHITA

“Cachita está alborotá y ahora baila el chachachá”. Pipo, el Mantequilla, sonreía dejando el diente de oro a la intemperie mientras avanzaba en su flamante *Ford* del 56 por la calle principal del pueblo. Negro como el culo de un caldero, vestía siempre de blanco y llevaba un pañuelito rojo en el bolsillo de la chaqueta. “Para espantar los malos ojos”, decía a sus amigos. El chachachá de Cachita o el “chochochá de la mulata”, como él lo había bautizado, lo volvía loco. Era un tema de moda en la radio y lo ponían en todas las emisoras.

Juan, el Jabao, el mejor amigo de Pipo, aseguraba que Cachita era obra de los dioses y el mejor invento de los gallegos, o sea, la mulata o la mulatísima, como él mismo la llamaba cada vez que la veía venir contoneándose al ritmo de un sabroso son de la orquesta Aragón.

—Mami, si cocinas como caminas me como hasta la raspita. Tú con tantas curvas y yo sin frenos —le susurraba el Jabao mientras su mirada bizca se clavaba en las nalgas de la mulata.

—¡Qué feo eres, chico! Blanco como la leche y con pelo, bamba y nariz de negro. A ti te fabricó el diablo mientras le machacaban los huevos, mijito —la mulatísima le daba un manotazo y se alejaba riendo a carcajadas.

—Si yo tuviera los billetes, el carro y los dientes de oro del Mantequilla, otro gallo cantaría, Cachita —el Jabao se quedaba embobado intentando enfocar el culo de la mujer, hasta que su silueta desaparecía en las Cuatro Esquinas.

Pero, como decía otra canción de moda, “la vida te da sorpresas”. Una tarde calurosa y húmeda de domingo, mientras la orquesta Aragón interpretaba una de sus emblemáticas cancio-

nes en el parque del pueblo, Cachita giraba como un trompo en medio de la pista de baile. “Pónme la mano aquí, Macorina”, cantaba con un raro acento un señor vestido de blanco que intentaba seguir el ritmo de la mulata. Ataviado con un traje caro, un sombrero Panamá y un puro en la boca, el hombre no tenía ni idea de cómo se bailaba un son.

—Oye, compadre, ¿quién coño es el vejestorio ese que baila tan mal? —preguntó el Mantequilla sin quitar los ojos de su enamorada.

—No sé, mi *helmano*, pero esto me huele mal —le contestó el Jabao mientras lanzaba un escupitajo al suelo.

—¿Qué cojones le pasa al *puro* este? Le está agarrando la mano a Cachita para ponérsela en la... —sin terminar la frase, el Mantequilla sacó la navaja del bolsillo de la chaqueta y salió disparado en dirección a la pista de baile.

Los bailadores se apartaron aterrorizados y hasta hubo un par de mujeres que se desmayaron mientras se escuchaba aquello de “se divierte así el francés y también el alemán, y se alegra el irlandés y hasta el musulmán. Cachita está alborotá, ahora baila el chachachá...” En medio de la euforia por la canción de moda, la mulata levantó la vista y vio venir a Pipo como una centella. El viejo que también se había percatado de la situación, se tragó el humo del puro e inmediatamente comenzó a toser. Con la cara enrojecida y los pantalones mojados, Afonso, que así se llamaba el buen señor, se arrodilló y pidió clemencia.

—¡Pipo, estás loco, chico! —Cachita se enfrentó a su amante con el rostro sudoroso y los ojos fuera de sus órbitas.

—¿Qué relajito es este, mulata? Lo vi todo clarito. El viejo te estaba cogiendo la mano para ponérsela en la pinga.

—No, mi vida. Es un malentendido. Este señor es mi tío Afonso, el hermano de mi padre que ha venido de Galicia —aseguró la joven mientras le acariciaba el rostro.

—Tú viste lo mismo, ¿verdad que sí, Jabao? —Juan, más blanco que un muerto, solo pudo mover la cabeza asintiendo.

—¿Así que un tío gallego? ¿Tú piensas que yo soy comemierda, Cachita? Y tú, levántate del suelo, viejo verde. Si tú eres ga-

llego, yo soy francés —Pipo guardó la navaja, se pasó un pañuelo blanco por la frente y se acomodó la chaqueta.

Como dijera mi padre, lo que pudo haber acabado como la ‘fiesta del Guatao’, refiriéndose a una de las trifulcas más famosas, ocurrida en un guateque en un pueblito de la provincia La Habana, terminó como una celebración familiar. Cachita y los tres hombres se fueron a beber ron al bar de Arquelio. El hombre, enterado ya del desencuentro en el baile, se persignó cuando los vio entrar.

La mulata se sentó en la barra y pidió un mojito. Pipo, dos botellas de ron Bacardí. “El gallego paga, Arquelio”, gritó el negro mostrando su blanquísima dentadura. Cachita, con las piernas cruzadas, se reía a carcajadas mientras saboreaba su cóctel y dejaba al descubierto gran parte de sus esculturales muslos. Pipo y Juan arrastraron a Afonso al centro del bar. Echaron una moneda en la victrola y seleccionaron la pieza musical de moda.

Al cabo de una hora, borrachos, los tres hombres intentaban improvisar una coreografía como si de una compañía de baile se tratara. Afonso, sudando a mares y rojo como un tomate, miraba de vez en cuando a la mulata y se pasaba la lengua por los labios. Sus pies iban por un lado y la música por el otro. Divertida, ella se bebió el último sorbito de alcohol mezclado con zumo de limón y se unió al trío. “Cachita está alborotá y ahora baila el chachachá”, cantaron desafinadamente los tres mientras sus manos sobaban con lascivia las voluptuosas nalgas de la mulata habanera.

LAS PROFECÍAS DE GELASIA

A mi abuela Eulalia

Se lo susurraron los caracoles. Le dijeron que él me quería. Ella nunca lo había visto, ni siquiera en fotografías. Más de seis mil kilómetros de océano los separaban. Su certeza me dejó boquiabierta. Y luego me contó otras cosas que sucedieron tal y como ella las había vaticinado.

Fumaba un puro mientras hablaba. El humo formaba extrañas figuras que luego se escurrían como fantasmas por la ventana. Le cambiaba el tono de voz cuando invocaba el espíritu de la negra esclava. Sacaba los caracoles del cuenco, los desplegaba con elegancia sobre la mesita de madera oscura e interpretaba sus mensajes ocultos. El olor dulzón del tabaco me adormilaba, mientras las profecías de la negrita ponían en movimiento los labios de la abuela.

Todos venían a consultarla. Se fiaban de su honestidad y su experiencia. Los asuntos amorosos llevaban la voz cantante. Gelasia poseía a la abuela y recomendaba hierbas, miel de abeja, cascarilla, flores blancas y paciencia. Había cosas que no podían resolverse en un par de días. Una vez alguien le pidió que hiciera un trabajo para “amarrar” a su amante. Pero la abuela tenía claro que cuando no había amor, poco podían hacer los espíritus.

Nada de magia negra. Ella solo hacía el bien. El mal envenenaba el alma y los sentidos. Por eso el mundo estaba como estaba. Se le ensombrecía el rostro, mordía con fuerza el puro, soltaba una gran bocanada de humo y la voz le salía más grave de lo normal. “Elegué abre los caminos para que entren el bien y la felicidad. Es el dueño del destino y al mal lo mantiene a raya en esta casa”, aseguraba aquella voz ancestral que emergía como un torrente de su garganta.

Ayer la abuela se despidió de sus santos y sus caracoles y se marchó con Gelasia al mundo de los espíritus. Se fue apagando como el cabito de vela que iluminaba la habitación. Fumaba con deleite un puro e iba con la cabeza erguida, la mirada serena, el pelo blanco y su vestido rojo vaporoso cubriéndola hasta los tobillos. La negrita estaba encogida en un rincón del cuarto canturreando aquella canción africana que le enseñaron sus antepasados. Tenía la mirada húmeda y perdida y sostenía entre sus manos los caracoles. Un pañuelo de colores luminosos cubría su cabeza. Llevaba un vestido amarillo muy largo e iba descalza. La abuela le habló con su voz firme y ronca y le prohibió las lágrimas. Gelasia buscó los ojos de la anciana y soltó una carcajada. Juntas se marcharon envueltas en el aroma del tabaco, susurrándole un cántico de amor a Ochún, reina de la delicadeza y la sensualidad, que bailaba alrededor de una hoguera al ritmo de los tambores.

LÁGRIMAS NEGRAS

La lámpara de lágrimas había permanecido durante más de un siglo en la misma estancia de la casona ubicada en la calle Claveles. La singular combinación de acero y cristal negro daba forma a una pieza única y robusta. Tanto era así que en ella amanecieron ahorcados tres miembros de la familia Aspuru-Martínez, sin embargo resistió estoica.

Todos evitaban mirarla fijamente. Esa apariencia de araña a punto de saltar sobre su presa provocaba escalofríos. De sus patas lampiñas colgaba un sinfín de lágrimas negras. Cada pedacito de cristal era un ojo que espiaba los movimientos de los habitantes de la casa. Dueña y señora de un comedor amueblado al rancio estilo colonial, había sido comprada en un mercadillo de antigüedades en la ciudad de Estambul, hacía muchísimos años.

La lámpara no sufría deterioro alguno. Jamás se acumulaba el polvo ni le colgaban telarañas. “Fue un regalo de bodas de una tía viuda que tenía mi tatarabuelo. Una mujercita alta, enjuta y con la cara llena de verrugas que, según decían las malas lenguas, hacía brujería. El caso es que el mismo día del casamiento, la mujer de mi tatarabuelo murió de un ataque al corazón”, contaba la señora Carmen a sus tres hijos solterones mientras tomaban el té al estilo inglés.

Se decían tantas cosas sobre aquella casa señorial. Que si la madre estaba loca de remate, que si tenía a los hijos embrujados para que se mantuvieran vírgenes, que si se hacían orgías los días de luna llena y la madre se transformaba en una meretriz ninfómana que copulaba con sus tres retoños hasta dejarlos sin sentido, que si ellos permanecían castos porque padecían una extraña enfermedad hereditaria que los convertiría en vampiros si eyaculaban.

Lo cierto es que, mientras en el pueblo se tejían las más vario-pintas y atroces historias, la casa de la familia Aspuru-Martínez se mantenía cerrada a cal y canto, indiferente a las habladurías. La criada entraba y salía y de su boca no se escapaba comentario alguno sobre la vida dentro de los altos muros, abrigados por una espesa madreselva. La pobre muchacha era muda y analfabeta.

—Hoy les voy a decir algo que le contaron a mi tatarabuelo Miguel, y él a mí —dijo un domingo lluvioso la señora Carmen mientras almorzaba con sus hijos—. Yo era muy pequeña, él muy anciano y me hizo prometer que jamás tocaría la lámpara, ni siquiera para limpiarla. Aseguró que un día la sirvienta se subió encima de esta misma mesa e intentó pasarle un paño. A la mañana siguiente la encontraron estrangulada sobre su cama y jamás se supo quién lo hizo.

—Mamá, por favor, qué disparate. Seguro que fue un crimen como otro cualquiera —Antonio, el hijo menor, se atragantó con la frase al escuchar el sonido de los cristales vibrando sobre su cabeza.

—¡Cállate! No provoques su ira. Lo comprende todo —balbuceó la madre con el rostro muy pálido—. Déjame continuar. Siempre les he mentado sobre la muerte de papá y de las gemelas.

Con el rostro compungido, los ojos húmedos y el tono muy bajo, la señora Carmen fue relatando los hechos. Su marido murió también un domingo de tormenta, después de discutir con ella sobre la lámpara familiar. La llamó maldita tarántula. Don Aurelio le tenía manía y quería deshacerse de ella, venderla tal vez. La señora Carmen insistió en que era una reliquia, un recuerdo de sus antepasados, pero él alzó aún más la voz y sentenció que la bajaría y la llevaría al anticuario. Seguro que valía una pequeña fortuna.

El lunes, Aurelio Aspuru amaneció muerto, tirado en el cuarto de baño con las manos aferradas al cuello como si quisiera liberarse de algo que le quitaba el aliento. Mientras le hacían la autopsia, el forense extrajo un objeto de cristal de la garganta del difunto. Nadie se podía explicar cómo había ido a parar a ese sitio de su anatomía la lágrima que le faltaba a la lámpara, y que pocos días después brotó como una hoja recién nacida.

Luego ocurrió lo de las hijas de la señora Carmen. Las gemelas Susana y Elena eran como dos gotas del mismo aceite, salvo que Susana tenía un lunar negro y abultado en el brazo derecho y Elena lo lucía en el izquierdo. Si una de las dos se portaba mal y la madre la castigaba sentándola en una silla por un buen rato, solo cumplía la mitad del castigo. La otra siempre estaba dispuesta a compartir el suplicio a cambio de un trozo de chocolate.

Aquella fatídica tarde, también de domingo e igualmente tempestuosa mientras la madre hacía la siesta, las dos chiquillas se subieron a la mesa del comedor, decididas a arrancarle a la lámpara algunas lágrimas. Reían, se empujaban y trataban de saltar para alcanzar el botín, cuando un fuerte temblor sacudió el suelo. Las ventanas de la estancia se abrieron de par en par, el vendaval recorrió la casa de una punta a la otra y la dejó completamente a oscuras.

Doña Carmen se despertó sobresaltada. Escuchó los gritos de Prudencia, la Tata, y pensó, aún adormilada, que era la continuación de su pesadilla habitual. Sin embargo, al llegar al comedor chocó de narices con la realidad. Sus gemelas yacían muy quietas, boca arriba y agarradas fuertemente de las manos. “No puedo recordar ese día. Fue horrible verlas ahí tiradas, todavía con una sonrisa en los labios. No había sangre, ni golpes, nada. Luego el doctor Tavo dijo que tenían una picadura justo al lado de los lunares. Alguna alimaña venenosa, quizá. No lo entiendo, aquí en el pueblo no hay animales peligrosos”.

Mientras la señora hablaba, dos lagrimones bajaron arrastrando el rimel de las pestañas postizas y tiñeron de negro sus mejillas. Los tres solterones, con los ojos muy abiertos, se habían quedado petrificados. Ni siquiera se atrevían a mirarse.

—Mamá, no sigas por favor, estás muy alterada. Fue un desgraciado accidente, así lo quiso Dios —balbuceó Aurelio, el mayor de sus hijos, con los ojos desmesuradamente abiertos y un ligero temblor en la voz.

—¡Les digo que no! Fue ésa, la viuda negra que cuelga sobre nuestras cabezas como espada de Damocles —dijo apretando los dientes, como si quisiera que sus palabras no traspasaran el um-

bral de las cuerdas vocales—. ¡Prométanme que jamás, pase lo que pase, la tocarán!

Como casi todos los domingos después del almuerzo, el cielo se encapotó y la señora Carmen se fue a hacer la siesta. Sentada en su enorme cama de bronce, con las manos todavía temblorosas y la respiración agitada, podía oír el cuchicheo de sus tres hijos que tomaban café y fumaban puros sentados en la mesa del comedor.

—Mamá sigue todavía muy perturbada por la muerte de papá y las gemelas. Creo que se ha hecho mayor o quizás esté padeciendo la misma enfermedad de la tía Úrsula. ¿Se acuerdan que le dio por decir también que la lámpara se balanceaba, que se escuchaba una música de violín, que cada lágrima que caía le volvía a salir y otras cosas sin sentido? —comentó Aurelio a sus hermanos.

—Creo que lo mejor es deshacernos de ella lo antes posible —opinó Antonio y Germán asintió dándole una bocanada a su cigarro.

—Tienes razón, Antonio, y tal vez deberíamos pintar las paredes de un color claro, dicen que es bueno para los nervios —agregó Aurelio mientras ahogaba en el cenicero la candela de su tabaco moribundo.

Un sonido raro, como de cristales rotos, sacó a doña Carmen de su pesadilla, la misma que la había acompañado en todas sus siestas durante más de treinta años. Quiso llamar a sus hijos, sin embargo se había quedado afónica. Afuera ya no llovía y el gallo cantaba como acostumbraba a hacerlo por las mañanas a la misma hora. La siesta le había parecido eterna. Intentó levantarse, pero no pudo moverse. Angustiada, trató de alcanzar la campanilla que usaba para llamar a la criada y que normalmente reposaba sobre la mesita de noche. Estiró el brazo todo lo que pudo, pero el objeto metálico no estaba allí. En su sitio encontró un espejo ovalado y pequeño que, en lugar de su rostro arrugado, le devolvió la risa de las gemelas. La voz, le urgía recuperarla para llamar a sus hijitas. Ellas sabrían decirle dónde estaban sus tres varones. Mientras la señora Carmen se apretaba con fuerza el cuello, en

un intento desesperado por emitir algún sonido, el grito prolongado y lastimero de Prudencia, la Tata, estremecía los cimientos de la vetusta casona de la calle Claveles.

LA FLOR DEL LIMONERO

Por el tronco del viejo limonero trepa la lagartija. Pretende llegar hasta las hojas para despojarse del traje marrón y vestirse de verde brillante. La niña la observa con curiosidad y luego vuelve a mirar las nubes con tristeza. La mariposa Monarca dibuja un corazón en el viento mientras revolotea sobre el rosal. Le hace un guiño cómplice a la lagartija. Algo traman estas dos.

Azahar extiende la mano, pero no se atreve a tocar las rosas. Las espinas se yerguen desafiantes. Otra vez sus ojos buscan las formas de las nubes. El colibrí se acerca al limonero y le susurra algo a la lagartija. La cotorra chilla en una rama de la mata de guayaba. Nunca tiene el pico cerrado. El cocuyo, aunque la tarde sigue aferrada al cielo, prende sus ojos y dos focos amarillos como yemas de huevo encandilan a la mariposa. La niña sigue ensimismada en las nubes.

El güije que no cree en los maleficios se zampa la ofrenda que alguien dejó a los dioses africanos al pie de la ceiba. Es un negrito muy travieso y tragón. Con la boca llena y la miel bajando por la comisura de los labios, se queda embobado mirando a la niña de los ojos grandes y el pelo azabache. Ella deja de contemplar las nubes y con el ceño fruncido observa aquella figura menuda que es casi del tamaño de un dedal. El güije se traga el trozo de mango untado con miel, deja el cuenco en el suelo y, de repente, se pone a dar volteretas como un experto acróbata. La chiquilla sonríe y la tristeza se diluye en los hoyitos que se forman en sus mejillas.

Azahar se acerca al limonero y acaricia la piel fría de la lagartija. La mariposa se posa sobre su pelo negro y allí se queda adormilada. Las rosas dejan caer los pétalos sobre sus pies descalzos.

El colibrí agita las alas como si cortejara a la hembra. La cotorra se queda callada, por fin, y el cocuyo se posa en la rama más alta de la mata de mango. Sus ojos brillan como esas estrellas que un día llegan y se quedan encendidas en el corazón para siempre. El güije se abraza al tobillo de la niña, cierra los ojos y siente los latidos de la ceiba. Azahar rodea el árbol con los brazos y su risa llega como la brisa matinal a todos los rincones del monte.

LA ÚLTIMA PRINCESA

Sentada en aquel bar dándole la última calada al cigarrillo, Estrella recordó el cuento de Cenicienta. Aún guardaba aquel libro que olía a los días más felices de su infancia. Cada noche, al llegar a su apartamento, lo hojeaba hasta que se quedaba dormida en el sofá. Entonces soñaba con su madre leyéndole la historia con una voz dulcísima y cálida. “Tú eres hermosa y fuerte como ella, Estrellita. Encontrarás a tu príncipe y serás feliz para siempre”, le decía en un susurro cuando la niña comenzaba a cerrar los ojos.

Durante muchos años la creyó. Su madre era una mujer sabia. No tenía estudios, pero leía sin parar todo lo que le caía en las manos. De todas las versiones del cuento, prefería la de Perrault. A pesar del humo y el tufo a alcohol, Estrella podía percibir ahora el olor de aquellas páginas amarillentas y gastadas. Recordaba que su madre se había encontrado el libro en una caja al lado de los contenedores de basura, sin embargo le contó que había aparecido en la puerta de la casa por arte de magia. “Las hadas y los duendes son muy traviosos, Estrellita”, le aseguró.

La joven sonrió con amargura. El cáncer corroyó a su madre hasta dejarla en los huesos. Cuando el dolor la atormentaba, le pedía a su hija adolescente que le leyera el cuento de Cenicienta. “Tienes que encontrar a tu príncipe, hija. No dejes de buscarlo. Tu padre ha sido un cabrón, pero hay hombres buenos. Yo te ayudaré desde el cielo”, decía la pobre mujer con un hilo de voz mientras la morfina comenzaba a hacerle efecto.

Cuando la madre murió, Estrella fue de bar en bar y de casino en casino buscando a su padre. Solo tenía dieciséis años y estaba asustada. Lo encontró el día antes de Nochebuena, borracho y

besuqueándose con una fulana en la barra del Cuasquías. Ella le dijo que era su hija y que necesitaba ayuda. Él la miró sin reconocerla, le gritó que él solo tenía machos y que se fuera al carajo. La historia del príncipe azul se hizo añicos aquel día. La chica salió cabizbaja, con los puños apretados y se juró a sí misma que jamás dependería de un hombre.

Su padre murió el día de Nochevieja en una reyerta callejera. Nadie se hizo cargo del cadáver, así que lo enterraron en una fosa común en el cementerio municipal. Estrella se enteró unos días después porque una vecina que trabajaba en la cocina del Cuasquías vino a contárselo. “Que se pudra en el Infierno el cabrón”, dijo con los dientes apretados después de cerrar la puerta. Luego se acercó al portarretratos donde su madre sonreía despreocupada y le encendió una velita. “Espero que no te encuentres a ese hijo de puta allá arriba, mamá. Solo pido que de verdad haya un Dios que lo ponga en el lugar que se merece”.

El barman se acercó y le preguntó si quería otra copa. Estrella negó con la cabeza, le extendió un billete y le dijo que se quedara con el cambio. Salió a toda prisa del local. Sus botas de tacón alto no le impedían caminar con elegancia sobre los adoquines. La calle estaba desierta y una fina lluvia extendía su manto sobre la ciudad adormilada. Las pequeñas gotas caían sobre el pelo negro y largo de la mujer. Ella no intentaba protegerse.

Agradeció el agua fría sobre su rostro. El rímel comenzó a abandonar las pestañas y bajó por las mejillas como un torrente de aguas turbulentas. Solo quería llegar a casa, tumbarse en el sofá y apretar contra su pecho aquel libro desgastado que olía a esos días en que creía en los cuentos de hadas. En cada página estaba la voz de su madre contándole las historias que la hacían soñar con el príncipe azul cabalgando con distinción sobre su corcel blanco.

Esa noche tenía una cita con el banquero, pero decidió que no iría. Ni siquiera lo llamó para cancelarla. Era amable y generoso, sin embargo tenía unos gustos sexuales muy raros. “Si dejas que te ate las manos y te ponga la venda te dejaré un billete de doscientos sobre la mesilla de noche”. El asco le torció la boca

en una mueca. Estaba harta de él y de todos los tipos que habían pasado por su cama. Hoy le apetecía volver a casa sola, hojear el libro de Perrault y soñar. Tenía derecho a volver a la inocencia. Se dejaría seducir por aquellas patrañas del príncipe encantado y sería feliz, muy feliz, tal y como le había asegurado su madre.

Empapada y tiritando de frío metió la llave en la cerradura. La calidez del hogar la envolvió y entonces respiró aliviada. Afuera la lluvia había arreciado y las gruesas gotas golpeaban el ventanal con saña. Se despojó de la ropa en el recibidor y caminó despacio hacia el salón. El pelo suelto y mojado coqueteaba con el nacimiento de las nalgas. La tenue luz que se colaba por la ventana delineaba su figura de curvas perfectas. Se movía como una gata en celo. Alta, grácil, la piel color canela, los labios carnosos, los ojos de largas pestañas ahora cerrados, los dedos finos adornados con anillos de oro buscando a tientas el interruptor de la lamparilla sobre el multimueble. Otras manos, grandes, cálidas, varoniles se entrelazaron con las suyas. Llevaba tanto tiempo esperando ese momento que ni siquiera se sobresaltó. Lo anhelaba, lo deseaba.

Los vecinos escucharon ruidos muy extraños en el apartamento aquella madrugada. Unos oyeron aullidos, otros hablaban de gruñidos. Algunos decían que eran lamentos o quizás gritos de dolor. Lo cierto es que, preocupados, llamaron a la policía pues nadie se atrevió a tocar el timbre. Ansiosos y cuchicheando en voz baja, fueron hasta la entrada del edificio y esperaron a que llegara el coche policial. Los agentes, un poco malhumorados a esas horas, les ordenaron que se fueran a sus casas. Aquello era solo competencia de la autoridad. Nadie abrió la puerta a pesar de que la golpearon con fuerza. Así que rompieron la cerradura de una patada y entraron con las armas en ristre como si de un asalto se tratara.

La escena los dejó boquiabiertos. Después de varios segundos bajaron las armas lentamente mientras se miraban con incredulidad. Tumbada sobre el sofá yacía una mujer hermosísima, completamente desnuda. Solo llevaba puestos unos zapatos de cristal. El pelo negro y sedoso caía en cascada sobre el suelo. Un

hilillo de sangre bajaba por la comisura de los labios y rodeaba su cuello. Varias gotas habían manchado la portada de un libro de grandes letras doradas que descansaba sobre el pecho de la mujer que, más que de carne y hueso, parecía la escultura de una diosa griega.

Ninguno de los agentes se atrevió a acercarse al sofá. Era tal el desconcierto que ni siquiera se percataron del sonido del motor de un coche que se alejaba a toda velocidad. A pesar de que el amanecer estaba a punto de llegar, doce campanadas rompieron el silencio del salón y sacaron por fin de su estupor a los agentes de policía. Los ojos sin vida de la princesa miraban fijamente el reloj de pared. Había llegado el momento de volver a casa.

ALERGIAS

Era alérgica a los ácaros, a la tecnología y a los hombres. Vivía en un iglú en Groenlandia, sin mobiliario y sin aparatos electrónicos. Dormía en el suelo y se cubría con una manta hipoalérgica. Solo un oso polar que merodeaba por allí aliviaba su soledad. No toleraba la lactosa ni el gluten ni la ambigüedad de los seres humanos. Con el tiempo, empezó a rechazar su propio cuerpo. Dejó de comer, de beber, de soñar, de sentir. Libre de alérgenos, de otros hombres y de sí misma, vaga junto al oso por un desierto blanco y aséptico. Nunca más ha vuelto a padecer de rinitis alérgica.

LA ENGAÑADORA

Eulalia tenía todo postizo, hasta las uñas. De niña sufrió una rara enfermedad que la dejó literalmente en los huesos y le provocó un crecimiento anormal del clítoris. Por eso, al cumplir los diecisiete, harta de las burlas e insultos de cuanto hombre se cruzaba con ella en la calle decidió usar rellenos.

La melodía de moda en la vieja radio de la abuela le arrancó una sonrisa pícaro. Las notas del chachachá le provocaron unas ganas inaguantables de bailar: “A Prado y Neptuno iba una chiquita que todos los hombres la tenían que mirar...Pero todo en esta vida se sabe sin siquiera averiguar. Se ha sabido que en sus formas rellenos tan solo hay. Que bobas son las mujeres que nos tratan de engañar...”

“Mi cuento sí que se lo han tragado enterito en este pueblo de mierda, sobre todo el viejo baboso de Hermenegildo”, mascullaba Eulalia mientras se ponía carmín en los labios. La melena cobriza le caía impertinente sobre la espalda y le rozaba el nacimiento de unas nalgas de dudosa reputación. “La tonta de la mujer tan beata, tan caritativa, tan fea. Dicen las malas lenguas que él no la soporta y que duermen en cuartos separados. Por eso el vejestorio se calienta nada vez que me ve aparecer por la acera del bar de Pancho. Coño, se me terminó la sombra de ojos. Tengo que ir a la tienda de Cheo ahora mismo”.

—Se mira y no se toca, Hermenegildo. Cierra la boca que se te cae la baba —el camarero se reía a carcajadas mientras secaba con un paño sucio y maloliente los cascados vasos—. Esa hembra es intocable, mi socio.

—Bah, igual todos esos encantos son de mentirita —refunfuñó el viejo saboreando con fruición un habano—. El día menos

pensado la atrabanco, le meto la mano por debajo de la falda y salgo de dudas.

—Allá tú, mi socio. Dicen que Eligio anda detrás de ella como un perro, y desde que se metió a boxeador tiene la mano suelta y pesada. Te vas a meter en un lío —el camarero entró en la despensa del bar y salió con una botella de ron.

“Estaba gordita, muy bien formadita, era graciosa, en resumen, colosal...” Eulalia iba tarareando la canción de moda mientras se contoneaba exhibiendo sus falsos encantos. “Mami, si San Lázaro te ve, suelta las muletas y sale corriendo”. Ella sonrió complacida, sin mirar al grupo de hombres que había dejado la discusión sobre el último juego de béisbol para colmarla de piropos. “Pero todo en esta vida se sabe sin siquiera averiguar...” “¡Nunca lo sabrán, marranos!”. Apretó los puños, irguió la cabeza y continuó su camino.

Avanzaba con parsimonia y elegancia por el soportal de la tienda de Cheo. Inesperadamente, el viejo Hermenegildo asomó su enorme y calva cabeza por detrás de una columna. Eulalia dio un respingo e intentó cambiar el rumbo.

—¿Dónde vas con tanta prisa, pelirroja? Ven acá que tengo un regalito *pa* ti.

—Váyase al carajo, viejo verde.

—Qué boquita tan sucia, muchacha —el viejo la agarró por la cintura y ella sintió el aliento fétido como una bofetada.

—¡Suéltame, desgraciado!

Eulalia intentó zafarse, pero los dedos amarillentos de Hermenegildo se colaron veloces por debajo de la falda y llegaron a la altura del pubis. “Coño, esto es...” La frase se le atragantó en el gástrico. Sus ojos desorbitados estaban clavados en el escote de Eulalia y no vieron el enorme puño de Eligio que se acercaba.

Como un rayo cayó la furia del boxeador sobre el rostro del viejo. “¡Cabrón, esa hembra es mía!”. Sudoroso y listo para el próximo asalto, el púgil volvió a levantar los puños dispuesto a propinarle el *knock out* que lo dejaría definitivamente fuera de combate. “Levántate, gallina”. Pero, el viejo yacía en el suelo, aterrorizado, escupiendo sangre y dientes.

—Basta, Eligio. ¿Estás loco? Vas a matar al viejo —Eulalia intentaba calmar al mulato enfurecido.

—Viejo maricón. Lo tengo atravesado como una espina desde hace mucho tiempo —se acarició el puño con el que había golpeado a Hermenegildo.

—Vamos, chico. Todo el mundo está mirando. Ya sabes lo chismosa que es la gente en este pueblucho. Le van a ir con el cuento al comisario y te vas a buscar un lío —Eulalia empujó suavemente a su novio—. Vamos para tu casa.

—Si te vuelve a tocar, te juro que lo mato —el boxeador lanzó un escupitajo que se incrustó como una bala en la mollera del viejo.

Después de hacer el amor, Eulalia, tendida en el camastro, cantaba muy bajito su melodía favorita. “Ya nadie la mira, ya nadie suspira, ya sus almohaditas nadie las quiere apreciar”. Sonrió con picardía mientras acariciaba el pecho lampiño de Eligio, el Manguera, como lo llamaba todo el mundo en el pueblo de Santa Cruz.

La madre murió de tisis cuando él tenía apenas cinco años y el padre, un negro estibador de los muelles, se desangró en un callejón una noche de carnaval, después de que fuera apuñalado por un asunto de faldas. Era muy popular entre las féminas casadas y solteras por su descomunal miembro viril.

A Eligio lo crio su abuela paterna, una negrita enjuta y virtuosa de la santería. Iba vestida siempre de blanco, con un puro en la boca y un saquito repleto de caracoles que usaba para recomponer el pasado y vaticinar el futuro. “Piensa con la cabeza, muchacho y no con el miembro. Mira lo que le pasó a tu padre”, le repetía la abuela todos los días.

—¿En qué piensas, mi mulato? —Eulalia se incorporó en el lecho cubierta con una sábana que algún día fue blanca.

—En mi abuela, bomboncito. El otro día se me apareció en un sueño y me dijo que jugara el siete, el doce y el treinta y tres, que los caracoles le habían dicho que iban a salir en la Bolita. ¿Te imaginas? Podría pagar tu operación y arreglar este cuartucho de mierda que se está cayendo a pedazos.

—Deja de pensar en eso, chico. Mira que eres bueno —Eulalia lo abrazó emocionada—. Yo lo que quiero es que tú me lleves a Prado y Neptuno a bailar un chachachá con la orquesta América.

—Tú estás loca, Eulalia. No tengo ni un peso en el bolsillo. Y ahora el comemierda de Aurelio dice que tengo que perder cinco libras si quiero volver a competir. ¡Le zumba el mango! —Eligio apartó a Eulalia con brusquedad.

—Muchacho, me haces daño —la mujer se levantó de un salto y comenzó a vestirse—. A ti lo que te pasa es que te has aburrido de acostarte con un saco de huesos que encima tiene un rabo entre las piernas.

—Perdóname, mi bomboncito. Soy un bruto, coño. Yo no sé por qué tú te pones esos rellenos. A mí me gustan las flacas porque son candela viva en la cama. Además, ese rabito tiene su encanto —Eligio la agarró por la cintura, comenzó a besarla en los labios, en el cuello y a mordisquearle las orejas. Cuando le metió la mano dentro del blúmer, supo que a Eulalia se le había pasado el enfado y estaba lista para el próximo asalto.

El bar de Pancho estaba abarrotado esa noche. Todos bebían celebrando el triunfo del equipo Habana sobre el Santa Clara. Un sonado siete a una los había ubicado a la cabeza de la Serie Nacional de Pelota. Los que se creían auténticos especialistas en la materia aseguraban que los santaclareños eran unos tramposos y por eso se merecían la derrota.

“El pitcher es bueno, pero los bateadores no sirven para nada. Les pesa el culo para correr entre las bases”, vociferaba uno. “Había un árbitro comprado que sacó del juego al mejor bateador del equipo Habana por discutir con el pitcher. Se jodió porque el que vino después metió primero un *hit* y luego sacó la pelota del terreno con las bases llenas”, aseguraba otro.

Hermenegildo se mantenía al margen de la celebración beisbolera, en una esquina de la barra. Todavía tenía un ojo morado y la boca hinchada. Concentrado en la espuma de la quinta cerveza permanecía callado y absorto, ajeno a la algarabía.

—Tienes la *jeta* en candela, mi *helmano* —le dijo el camarero con tono preocupado—. Te lo advertí que la dejaras tranquila, pero eres muy porfiado, viejo.

—Es un fraude, compadre —respondió Hermenegildo y luego empujó el vaso de cerveza y bebió hasta el fondo.

—¿Cómo? —el camarero se recostó a la barra y comenzó a acariciarse el bigote, intrigado.

—Nada es lo que parece, Francisco —el viejo tenía la vista perdida en el estante donde el polvo cubría las botellas de ron—. Oye, a ver si le pasas un trapito a los cristales.

—Bah, ya estás como una cuba. Lo mejor es que vayas cogiendo el caminito antes de que venga tu mujer a buscarte.

—Un falo, Paquito. Es un machito disfrazado de hembra buena —a la última frase la acompañó un sonoro eructo. Acto seguido, el viejo se levantó y se marchó dando tumbos.

“A Prado y Neptuno iba una chiquita que todos los hombres la tenían que mirar”. Eligio escuchaba la canción preferida de su novia acostado en un maloliente camastro en la estación de policía. La mujer de Hermenegildo, enterada del altercado, lo había denunciado. Lo sacaron a patadas del cuarto del solar donde vivía y lo metieron entre rejas. Llevaba un par de días sin bañarse ni afeitarse. Una incipiente barba se asomaba en su rostro moreno. Tenía hambre. Apenas había podido probar bocado porque la comida olía mal. Eran pobres, pero en casa de su abuela nunca faltó el puerco, la yuca, el arroz, los plátanos fritos y los frijoles negros. La boca se le hizo agua evocando los olores que salían de la cocina de la vieja Tomasa.

Cuando era un niño, ella lo sentaba en sus piernas y le contaba las historias del bisabuelo esclavo que trajeron los españoles de África. A Eligio le encantaba la parte en que aquel negro senegalés alto y fornido rompía los grilletes y se escapaba al monte para convertirse en cimarrón. Aunque era de mal comer, la abuela aprovechaba los momentos en que él abría la boca asombrado para meterle la cuchara llena. “Yo no lo conocí, me lo contó mi abuelita. Tú eres como él, más clarito porque tu madre era blanca. Tienes su espíritu libre y un miembro generoso que va a

volver loca a más de una. Espero que no acabes como tu padre, tirado como un perro sarnoso en un callejón”, le decía Tomasa mientras le preparaba la siguiente cucharada.

“Pero todo en esta vida se sabe sin siquiera averiguar; se ha sabido que en sus formas rellenos tan sólo hay”, el comisario avanzaba por el corredor desentonando la melodía que sonaba a toda hora en la radio.

—¿Verdad que todo se sabe, Eligio? Dicen las malas lenguas que tu hembra tiene cola y que además se mete almohaditas en el trasero —Raúl le soltó el discurso con el puro metido en la boca—. Qué casualidad, igualito que en la letra del chachachá. Entonces, ¿quién se la mete a quién, boxeador?

—No te daré motivos para otra paliza. Tú y tus esbirros tienen la mano suelta. Aunque es muy fácil darle leña a un hombre con las manos esposadas —Eligio tenía el rostro descompuesto y los puños apretados.

—¿Qué dices, mulato?, si te hemos tratado como a una damita. No se puede ir por ahí golpeando a la gente decente del pueblo solo por desenmascarar a la Engañadora —el comisario avanzó hacia los barrotes echando humo como una chimenea.

—El viejo se lo buscó; estaba molestando a mi novia.

—¿Novia? No seas cara de guante, mulato. Las señoritas no tienen una verga colgando entre las piernas —la saliva mezclada con aliento a tabaco impactó en el rostro de Eligio.

—¡Es una mujer, coño! Eso que tiene es de nacimiento, pero se va a operar para quitárselo —la crispación se hizo visible en cada músculo del púgil.

—Frena el carro, Kid Chocolate. A mí me hablas con respeto porque te vas a pudrir en esta celda. Tal vez si ella me hiciera algún favorcito, tú sabes, yo podría hacerme el de la vista gorda y dejarte salir —los ojos de sapo de Raúl tenían un brillo de lujuria—. Me pica la curiosidad por ver ese rabito.

—¡Ni muerto!, ¿me oíste? A mi hembra no le pones tú un dedo encima, *hijoputa*.

En la esquina de la calle Neptuno una mujer alta y elegante miraba nerviosamente su reloj de pulsera. Una larga melena co-

briza descansaba sobre el nacimiento de sus prominentes nalgas. Llevaba un vestido negro de lentejuelas muy ceñido y tacones altos. La boca pintada de rojo intenso se abrió para dejar salir el humo de un pitillo. Volvió a mirar la hora y se acomodó el vestido sobre las pronunciadas caderas.

Vio acercarse al *Cadillac* negro por la avenida del Prado, así que tiró al suelo el cigarrillo y comenzó a andar. “Mamita, ricura, te como con ropa y todo aunque esté un mes cagando trapos”, le gritó desde la otra acera un negro vestido de blanco de pies a cabeza. “Lávate la lengua con jabón, cochino”, le contestó la joven y siguió avanzando en dirección al auto.

—Mi madre, ¡cómo cambia la gente cuando viene para la capital! —le dijo el chófer sacando la cabeza por la ventanilla.

—Cállate, Raúl. No te hagas el habanero que tú eres tan guajiro como yo —le respondió ella mientras se acomodaba en el asiento a su lado.

—¿Qué te dijo el negro ese?

—No sé, no le presté atención. Yo solo tengo ojos y oídos para ti, mi amor —le aseguró la mujer.

—Más te vale. Acuérdate que fui yo quien te sacó del pueblucho aquel y te hice gente. Sobre todo, te libré del mulato muerto de hambre con ínfulas de campeón de boxeo.

—No quiero hablar de él. Arranca que nos vamos a perder el espectáculo.

—Bravucón y *echaíto pa lante*, el comemierda de Eligio. Qué ocurrencia gritarle e insultar al jefe de la policía. Pero cuando vio la pistola se puso más blanco que la leche —Raúl sacó un arma imaginaria y disparó tres veces al parabrisas.

—¡Basta!, te dije que no quería hablar de eso —ella trató de disimular el temblor en la voz.

—No me digas que echas de menos al cabrón —le susurró el hombre al oído mientras la atraía y la besaba en los labios con violencia.

—Bruto, para que se me corre el pintalabios. Arranca ya, Raúl, que de aquí al cabaré Tropicana hay un buen trecho. Por nada del mundo me pierdo la orquesta América. El sueño de toda mi vida.

—Pues a mí me da igual. Yo lo que estoy loquito es por arrancarte ese vestido y chuparte ese rabito divino, Engañadora —al decir esto, el comisario metió la mano por debajo del vestido buscando desesperadamente los genitales de la joven.

—¡Estate quieto, coño! Arranca ya o me bajo.

—Está bien, no te pongas así, mi vida. Vamos a gozar con tu orquesta América en el cabaré bajo las estrellas —Raúl puso en marcha el *Cadillac* y condujo rumbo a la avenida del malecón.

La noticia salió en la primera plana de todos los periódicos de la capital. Al comisario de la Estación número tres de la calle Empedrado, Raúl de la Fuente, lo encontraron desangrado en una habitación del hotel Nacional. Tenía las manos atadas a la cabecera de la cama y varias heridas de arma blanca en el pecho y el cuello.

Para no herir la sensibilidad ciudadana, la prensa obvió algunos detalles escabrosos como que el policía tenía el miembro viril dentro de la boca y cada testículo fue introducido con cuidado en las cuencas vacías de los ojos. Escrita con sangre en la pared del cuarto una sola frase: “Este rabito es propiedad del boxeador”. Algunos testigos lo vieron primero en el cabaré Tropicana bailando con una hermosísima mujer de cabello largo y cobrizo, y otros aseguraban que el policía, borracho como una cuba, había entrado con la misma persona en el lobby del hotel.

Sentado en el muro del malecón, un chico joven y delgado leía la noticia del día con cara de satisfacción. Cuando acabó la lectura escupió la foto del comisario que habían publicado junto con el reportaje y tiró la página al mar. Vestido con un pantalón negro y una camisa azul muy gastada, el muchacho llevaba gafas oscuras y una gorra encajada hasta las cejas. “Tu adicción al rabito te salió cara, puerco. Ahora mi Eligio puede descansar en paz.

No más rellenos, Eulalia. Tú también te moriste, así que jamás podrán culparte de nada. Ahora te llamas José de la Caridad Ramos y vives en el barrio de Jesús María”. Un *Chevrolet* rojo pasó por la avenida con la radio a todo volumen. “Estaba gordita, muy bien formadita, era graciosa, en resumen, colosal”. Las notas del chachachá le llegaron como una caricia a sus oídos. Sonrió

con malicia al recordar el tremendo concierto en el cabaré Tropicana, un paraíso bajo las estrellas, como rezaba en un enorme cartel lumínico en la entrada. Todavía le dolían los pies. Buscó entonces la segunda página del diario habanero, besó con pasión la foto de la orquesta América y echó a andar con paso lento, marcando en su memoria el ritmo de aquella melodía sublime.

EL COLECCIONISTA

Sus amigos se lo advirtieron más de una vez, pero ella era más porfiada que una mula en celo. Cuando se le metía una idea entre ceja y ceja, seguía hacia adelante como un tren sin frenos y sin conductor. Ciega, sorda y muda como decía la letra de aquella canción tan cursi que se había puesto de moda. Así era Laura, apasionada, más bien incendiaria y ese día se encontró con el pirómano de turno.

Primero fue la miradita de mosquita muerta, de princesa lánguida. Le había entrado la picazón y su amigo el psicoanalista lo sabía. Tantos consejos profesionales, tantas horas de psicoanálisis gratuito no sirvieron para nada. “Por favor, no caigas de nuevo en la tentación de las redes sociales. Te volverá a pasar lo mismo o peor. Después no vengas llorando y lamentándote”, le decía su amigo mientras se comía las uñas con desesperación.

Ella se quedó en silencio, pensativa y con el ceño fruncido. Él creyó por un momento que la había convencido y respiró aliviado. “Solo una vez más y te prometo que si noto algo raro, salgo corriendo”, dijo ella con un hilito de voz y la vista clavada en el suelo. Con la vena de la frente a punto de reventar, el otro le largó que hiciera lo que le diera la gana, que advertida estaba, que guerra avisada no mataba soldados, que no volvería a darle consejos, que seguro le tocaría un psicópata, que aquello era la cueva de Alí Babá, que dejara las cosas al universo... Ella solo asintió, le dio dos besos y se fue corriendo a su casa a encender el ordenador.

Buscaría una web distinta, más elegante. La anterior, tal y como le había comentado su amiga Marta, era el carrusel de los horrores. Parecía que aquellos tipos se habían escapado de un

hospital psiquiátrico. Y ni qué decir de los mensajes que le enviaban. Frases soeces y llenas de faltas de ortografía. No había por dónde agarrarlos. Esta página en la que acababa de darse de alta parecía diferente: “Solteros con clase” se llamaba y una chica con sonrisa *Colgate* anunciaba que allí encontraría la pareja perfecta, el hombre de sus sueños. Pensó en un seudónimo e inició la búsqueda. Jamás habría sospechado que estaba firmando su sentencia de muerte.

Aquel guapetón de ojos verdes la dejó sin aliento. Vio que la había metido en el saco de Favoritas y luego le envió un Flechazo. Laura sintió un calor en la entrepierna y comenzó a sudar. Se contuvo y esperó a que él le mandara el primer mensaje. Parecía un tipo educado. Primero le pidió una foto de los pies y luego le preguntó si comía carne cruda. Le advirtió que no le gustaba el *WhatsApp* y que le encantaban las croquetas, las de toda la vida. Coleccionaba libros en miniatura en todos los idiomas, hasta en sánscrito y también rascadores de espalda. Tenía un total de seiscientos setenta y cinco de setenta y un países. Había estado a punto de entrar en el libro Guinness de los Récords, pero un tipo de Indonesia lo había superado en número de rascadores y países. Eso no lo desanimaba, así que lo seguiría intentando.

Aunque no hablaba latín, lo entendía perfectamente. También tenía una Biblia en miniatura. Se la había comprado un amigo en el Vaticano. A él no le gustaba viajar, para eso se había inventado Internet. Se sentía conectado con el mundo y, sobre todo, con Amazon, el lugar ideal para satisfacer todos sus caprichos. Nada de reguetón, ni fiestas, ni demasiadas salidas a cenar fuera. Era muy austero. Mozart y Beethoven eran sus favoritos. Por lo demás, se consideraba un tipo normal y buena gente. Laura, recelosa, no le dio muchos detalles. Incluso, en la foto de perfil aparecía muy abrigada y con gafas oscuras.

Aburridos del chat, quedaron en una cafetería de un centro comercial abarrotado de gente que compraba compulsivamente, a las tres de la tarde. Su amigo, el psicoanalista, andaba mero-deando. Si algo no le cuadraba, ella le enviaría un mensaje y él la llamaría para decirle que estaba en el servicio de Urgencias al

borde del ictus. Pero, el tipo le pareció bastante normal y simpático, a pesar de ciertos gustos estrafalarios. Alto, moreno, ojos verdes, manos grandes y labios gruesos.

Laura estaba tan embobada analizando cada detalle de aquel Adonis que en algún momento dejó de oírlo y comenzó a imaginárselo desnudo. De repente, sacudió la cabeza como si temiera que el hombre adivinara sus pensamientos y se puso colorada. Él sonrió y después de soltarle un par de piropos, le dijo que su casa estaba cerca, que había dejado un solomillo en adobo y que le prepararía una cena inolvidable. Ella, como poseída por aquellos ojos verdes, de mirada serena, como los que describían el bolero de los tiempos de la abuela, movió la cabeza en señal de aprobación.

Camino a la casa de Augusto, Laura le envió un mensaje a su amigo: “Me voy a casa. El tipo no me gusta nada. Feo como el demonio y bastante vulgar. Tienes razón, esto de las redes es una pérdida de tiempo. Nos vemos mañana. Besos”. Lo que sucedió después, lo leyó el psicoanalista al día siguiente en la sección de Sucesos de la prensa local. Los vecinos del barrio Ojos de Garza, donde tenía su domicilio el ciudadano A.P.R., escucharon ruidos extraños y gritos procedentes de la vivienda y llamaron a la policía. Un olor a carne chamuscada se había extendido por todo el vecindario.

Varias mujeres habían desaparecido en la zona y las autoridades ya sospechaban del sujeto que quedó registrado en los récords policiales como el Coleccionista. Cuando llegaron a la vivienda tuvieron que echar abajo la puerta. Era demasiado tarde. El hombre estaba sentado en la mesa del comedor y se disponía a descorchar una botella de Lambrusco. Sobre el mantel de seda, en un plato de porcelana china, perfectamente colocada, estaba la cabeza de una mujer pelirroja. Todavía tenía el horror reflejado en la mirada y una zanahoria metida en la boca. El hombre, impertérrito, les hizo un gesto invitándolos al banquete. De fondo sonaba a todo volumen el Himno de la alegría.

ESPEJISMO

A Ramón, mi Andaluz

El piloto anunció turbulencias y pidió a los pasajeros que se abrocharan los cinturones. Ella se agarró con fuerza a los brazos del asiento, cerró los ojos y comenzó a repetir un viejo mantra como una letanía. En el asiento contiguo, él sonrió y le rozó discretamente la mano. Ella giró la cabeza y descubrió primero sus labios, luego su mirada serena y por último su voz. La tranquilizó diciéndole que aquel era el medio de transporte más seguro, que solo eran baches, como sucedía en la propia vida y luego volvía la calma. Hablaron de literatura, cine, animales, del principio de aerodinámica, de las coincidencias, del destino o el azar; de lo que algunos llamaban causalidades, de sus vidas.

El avión subía y bajaba esquivando la tormenta, pero ella solo pensaba en la transparencia de aquel rostro y en la parsimonia de las palabras que la arrullaban y le devolvían el sosiego. No supo en qué momento se durmió y, al despertar, la aeronave había tocado tierra y los pasajeros se disponían a abandonarla a toda prisa para no perder las conexiones. Amalia miró hacia todos lados y desconcertada comprobó que su vecino de asiento había desaparecido. Buscó desesperadamente entre la multitud, sin embargo ningún rostro tenía su sonrisa.

Ciertas habilidades con el pincel le han permitido dibujar un retrato que ha publicado en sus redes sociales con un breve texto: Chica del asiento 8A del vuelo 3467 de Air Europa que cubría la ruta Madrid-Venecia necesita encontrar al chico del 8B. Solo quiero darte las gracias por tus palabras sinceras y escuchar una vez más tu voz. Tus argumentos me convencieron y ya no tengo miedo a volar. Puede parecer absurdo y descabellado, pero creo que te quiero.

La compañía aérea ha intentado ayudarla sin resultados. Le aseguran que el asiento 8B no estaba ocupado. Amalia cree que es por culpa de la ley de protección de datos. Está convencida de que no fue un espejismo. Era un hombre de carne y hueso, probablemente la persona por la que había estado esperando toda su vida. Un pequeño milagro que todos los meses la empuja a subirse a un avión, con la esperanza de que alguna tormenta le devuelva el sonido de aquella voz con la que sueña cada noche.

CABIZBAJOS

A cababa de salir a la calle después de hacer la siesta. De inmediato notó que algo había cambiado. Los transeúntes, algunos conocidos del barrio y numerosos turistas despistados, caminaban muy despacio y mirando al suelo. Reconoció a Antonio, el panadero, con su overol azul marino y la gorra roja con la bandera americana. Hizo ademán de saludarlo, pero el hombre enterró la cabeza en el pecho y siguió su camino en sentido contrario a la panadería.

En la esquina, sentada detrás de la mesita de venta de la lotería estaba Mari, la ciega, con la cabeza cubierta por la capucha del abrigo. Acariciaba distraídamente a su perro labrador cuando Elisa pasó y, como cada día, gritó su nombre con entusiasmo y le preguntó cuál era el número ganador. La invidente se limitó a levantar la mano que acariciaba al perro en señal de saludo. Desconcertada, se encaminó al bazar donde compraba todos los días aquella revista del corazón que la hacía soñar y vivir las vidas de otros. Paqui, la vendedora, ni siquiera giró el rostro para mirar a la mujer que le pedía “lo de siempre”. De espaldas al mostrador, apenas balbuceó que dejara allí el dinero, que estaba muy ocupada.

Visiblemente alarmada, Elisa salió del bazar y decidió ir hasta la plaza del pueblo para comprobar lo que estaba sucediendo. Las tiendas y las cafeterías de los alrededores estaban cerradas. Una espesa niebla subía desde el suelo y cubría hasta la cintura a los que caminaban por la plazoleta. Todos mirando hacia una misma dirección, cabizbajos. A pesar de la confusión, reconoció entre la multitud a una vieja compañera del colegio.

Sin lugar a dudas, aquella que también caminaba con paso lento y la cabeza hundida en el pecho era Ana, la chica más sexy

del instituto, por la que todos suspiraban y con la que todos los chicos querían tener una cita. Lentamente se acercó por detrás y le puso la mano en el hombro. Ana se detuvo sin sobresaltarse y se dio la vuelta muy despacio. Instintivamente, Elisa estiró la mano intentando llegar hasta la barbilla de la joven. Tenía que ver su rostro. Suavemente, elevó el mentón de su compañera y, en ese momento, la verdad se reveló ante su mirada atónita.

La piel blanca y aterciopelada y los ojos azul marino de Ana habían desaparecido. Tampoco encontró su boca de labios protuberantes y rojos. Aquel rostro perfecto se había transformado. En su lugar, Elisa pudo ver la pantalla táctil de un *Smartphone*. El sonido inconfundible de la entrada de un *WhatsApp* hizo que Ana diera un respingo y se llevara de inmediato el dedo índice a lo que antes había sido su rostro. “Perdona, tengo que responder. Es un mensaje importante del grupo”, dijo mientras se daba la vuelta y se alejaba en dirección a los otros transeúntes que caminaban distraídos, cabizbajos y pendientes a la pantalla táctil de sus teléfonos inteligentes.

LA SOLTERONA

Tan bonita y tan arisca la muchacha. Usa un perfume caro que le traen de la capital y que deja a todos hipnotizados cuando pasan por su lado. Los chicos del pueblo andan como moscas detrás del pastel. Pero la nana no le pierde ni pie ni pisada. Como una sombra la sigue día y noche. Es importante mantener la honra de la niña a buen recaudo. Y Guillermina es una perra de presa, siempre dispuesta a saltar al cuello de quien se atreva a acercarse a la doncella.

Tan linda y tan distante la jovencita. Jamás dedica una sola mirada a sus admiradores, ni de soslayo. Camina erguida, el mentón levantado, altiva, sabiéndose deseada por los hombres y envidiada por las otras mozas del pueblo. Ellos se babeaban y ellas cuchicheaban, que tiene la espalda demasiado recta, que la nariz es un poco ganchuda, que tiene los pies grandes, que lleva el pelo un poco descuidado. Y la guardiana detrás, espantando a los moscones con su mirada bizca y su boca torcida. Nunca se casó la Guillermina. Es tan fea que a su paso los perros aúllan y los hombres se cambian de acera. Pobre mujer, ni para vestir santos se quedó porque el cura la rechazó sin demasiadas explicaciones cuando ella se ofreció para ayudarlo en la parroquia.

“Ahí van la bella y la bestia”, se atreven a comentar algunos en voz baja. Dicen las malas lenguas que la vieja hace brujería. Don Enrique la contrató porque no creía en habladurías y estaba seguro de que la fealdad de aquella mujer mantendría a raya a todos los que suspiraran por su tesoro, la niña de sus ojos, su único retoño. Viudo y rico, Azucena es la luz de la casa y lo que más quiere en el mundo. Aspira para ella un hombre culto, adinerado y maduro que la cuide cuando él ya no esté en este mundo. Agus-

tín, el concejal, es el candidato perfecto, pero Azucena tuerce la boca cada vez que lo ve. Le parece un hombre siniestro que huele a naftalina.

Tan bonita como una flor que abre sus pétalos a la luz y custodiada por el Ángel Exterminador. Dicen los del pueblo que la vieja fue la culpable de que la niña cumpliera los treinta sin casarse. Las primeras canas brotaron como malas hierbas entre sus cabellos cobrizos. Guillermina corrió a la botica a buscar un tinte, sin embargo Azucena se negó a usar aquel invento que olía tan mal. La sombra de la nana la fue apagando, se fue enquistando en la piel de la muchacha hasta marchitarla. Comentan que le da brebajes para dormir, unos cocimientos de hierbas que ella misma planta y que, según Guillermina, curan todos los males. Lo cierto es que cada día la muchacha pasa más tiempo dentro de casa. Aunque haga un día precioso, Azucena prefiere quedarse envuelta en un chal, meciéndose a oscuras en el salón de la casa familiar.

El mismo día que cumplió los treinta y tres, su padre murió de un ataque al corazón. Azucena se encerró en su tristeza y, vestida de negro, se pasea como un alma en pena por toda la casa. Le prohibió a Guillermina abrir las ventanas. Apenas comía, así que la nana, alarmada, fue a buscar al médico. Al regresar, la joven había desaparecido. Pobre niña, tan bonita y solterona. Aseguran los del pueblo que los brebajes de la vieja la hicieron perder el juicio y que se escapó con un camionero borracho que se la llevó a un burdel de la capital, que la bruja cultiva plantas carnívoras que engulleron a la muchacha como si fuera un insecto, que le ha robado el alma y ha enterrado su cuerpo en el patio interior.

Habladorías o no, lo cierto es que nunca más se supo de la niña de ojos castaños. Tan arisca, tan ausente, tan lánguida. Sufrida y pura como una virgen se la tragó la tierra roja del pueblo, o tal vez está abonando los príncipes negros que crecen en el patio de la casa familiar. Ahora Guillermina es la que va de luto riguroso y pasa las horas hablando con el viento y preguntando a sus muertos si han visto a su Azucena. Pobre mujer, solterona y fea, unos la llaman loca; otros, bruja. Lo cierto es que todos los

días, cuando el sol se apaga, ella se sienta en una mecedora en el patio y abraza una muñeca, envuelta en una sabanita bordada con punto de cruz, mientras le canta una vieja canción de cuna.

LA PUNZADA DEL GUAJIRO

Cuando Amanda tomaba helado le daba la punzada del guajiro, igualito que cuando él la miraba. Era un dolor agudo y penetrante que la agujoneaba desde el cuello hasta la cabeza. Eso solo le sucedía a la gente de campo que, sin costumbre de beber cosas frías, las tomaban muy rápido y luego sufrían el enfriamiento. A ella, además, se le nublaba la vista y le sudaban las manos. Sin importarle la desagradable sensación, cada tarde se acercaba al puesto del heladero y pedía un sorbete de mango. Sabía que él estaría merodeando por allí, junto a los otros que suspiraban por ella.

Nadie lo entendía. Julio era feo como el culo de una gallina prieta. Tenía la nariz ganchuda y los ojos saltones. Era flaco y desgarrado y, para colmo, tenía la cara llena de granos. Amanda, en cambio, era hermosa como una noche estrellada en la campiña. Alta y morena, parecía una diosa criolla, de esas que cuando exhibían sus curvas por las calles del pueblo le quitaban el hipo al más pinto de la paloma.

Los muchachos del barrio se peleaban por ella. A más de uno tuvieron que llevarlo a la casa de socorro con un corte en la mejilla. Amanda era la manzana de la discordia y, en su fuero interno, eso le gustaba. “Demasiados gallitos revoloteando cerca de ti y todos desplumados”, le decía su abuela, una mujer de campo que conocía a todo el mundo. A los cuarenta años ya había enviudado tres veces y parido nueve hijos. Los hombres del pueblo huían de ella como el diablo de la cruz. Decían que tenía un carácter endemoniado y que sus tres maridos habían muerto en extrañas circunstancias.

Amanda se quedó huérfana a los cinco años. Su abuela la había acogido en la casona de la finca El Sopo. Todos recalaba-

ban allí: hijos, nietos y bisnietos. Doña Esperanza hacía el mejor arroz con pollo de toda la provincia Habana. Decían que sus caldos eran capaces de resucitar a los muertos. A todos, menos a sus tres maridos difuntos. A sus casi ochenta y ocho años, trabajaba en el campo de sol a sol y cocinaba cada día para un regimiento. Amanda era la niña de sus ojos. La anciana cuidaba a su nieta igual que una perra recién parida a sus cachorros. En sus sueños la veía casada con un concejal o un banquero. La muchacha, inteligente y hermosa, era la esperanza de la familia.

Un domingo de verano, la joven se acercó al puesto de helados como casi todas las tardes. Había tanto calor que ni los pájaros cantaban. Una calma chicha envolvía al pueblo y el sol derretía el asfalto. Como siempre, pidió su sorbete de mango. Frente a la heladería revoloteaban como zánganos más de diez adolescentes del barrio. Entre ellos estaba Julio, el Cara de Baches, mirando embobado a la muchacha. Amanda cruzó la calle y se acercó al grupo. Todos callaron y aguantaron la respiración.

La diosa criolla enfiló hacia Julio que temblaba como un flan. Sin pensárselo dos veces, lo besó apasionadamente en los labios. Él sintió el trocito de helado con sabor a mango madurito colándose entre sus dientes apretados y bajando por la garganta. Ante las miradas atónitas de los chicos, Amanda lo cogió de la mano y lo invitó a dar un paseo. El muchacho, mudo y con los ojos fuera de sus órbitas, se puso muy pálido y cayó al suelo como un pollo al que le retuercen el pescuezo. Ella, avergonzada y ofendida, le dio la espalda y salió corriendo. En la salida del pueblo tuvo que parar para recuperar el aliento. Todavía llevaba en la mano el barquillo con un poco de helado prácticamente derretido. Lo tiró al suelo con rabia y encaminó sus pasos a la finca.

Un par de años después, en la noche de bodas, Julio le confesó a su mujer que aquella fatídica tarde de verano había sufrido un desmayo por culpa de la punzada del guajiro. Cuando el trozo de sorbete llegó a la garganta le produjo tal dolor que se quedó sin aliento y cayó al suelo como un gallo derrotado. El destino se había burlado de los sueños y los deseos de la abuela. Amanda se casó con el muchacho más feo del pueblo.

Ni concejal ni banquero. Julio había sido pescador y ahora tenía un pequeño puesto de sorbetes frente a la glorieta del parque del pueblo de San Antonio. La abuela murió por culpa de un atracón de helado de chocolate dos meses antes de que se celebrara el enlace. Era la primera vez que probaba algo frío. Unos dicen que la mató el disgusto; otros, que sus tres maridos vinieron a buscarla para hacerle un favor a la muchacha. Lo cierto es que una punzada en la garganta puede ser muy peligrosa. Los guajiros que se aventuran a probar un helado lo saben. Y si viene acompañada del amor o del resentimiento, peor todavía.

UN BOLERO PARA SANDRA

Mientras caminaba por la acera del malecón habanero, canturreaba aquel bolero mítico con el que su abuela la acunaba. Las lágrimas luchaban por salir, pero ella apretaba los puños con fuerza y las mantenía a raya. La anciana ya no estaba y él tampoco. Ella le había dicho que los años le pesaban mucho y que necesitaba soltar lastre e irse de puntillas al otro mundo. Él estaba comprometido y se quedaba en el lugar de los vivos, sin embargo ya no podría volver a verla.

Sandra se sentía sola aquel domingo de otoño. El cielo estaba encapotado y la ciudad se preparaba para la llegada de un ciclón. Se sentó en el desgastado muro mirando hacia la fortaleza que custodiaba la entrada de la bahía. Unas finas gotas comenzaron a lamerle el rostro. Ella no hizo ademán de marcharse. Necesitaba que la lluvia le aclarara los pensamientos. Al cabo de una hora, la sirena de un barco la sacó de su ensimismamiento, saltó del muro y echó a caminar.

“Alza la cabeza, niña; camina derecha que pareces una caña brava *jobabá*. Nada de lágrimas, eso no resuelve los problemas. Date tu valor, hija, que ellos vienen de gallitos finos y al final una es la que pierde. Cierra las piernas y abre bien los ojos. Tú vales mucho, mi florecita. Mejor sola que mal acompañada. Canta, Sandra, que tienes una voz bonita. Sonríe, aunque el dolor te esté comiendo las entrañas”. La abuela tenía toda la razón, pero ella era porfiada como una mula. Lloraba siempre, escribía poemas a escondidas y dejó entrar en su lecho y en su corazón a más de un sinvergüenza.

Con él fue distinto. A pesar de que ella desplegaba sus encantos, jamás la tocó. Escribía versos y cantaba boleros en un bar

de mala muerte de la capital. Aquella voz melodiosa recorría su alma de punta a punta. Se quedaba alelada mirándolo, mientras el hielo del mojito se iba deshaciendo. Sufrió una gran decepción la noche que intentó besarlo y él la rechazó. Ese día estaba especialmente hermosa. Su pelo castaño y ondulado parecía un mar aguijoneado por la tormenta.

Los ojos grandes y profundos se perdieron en la timidez de la mirada del hombre. “Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez”, canturreó ella con el vaso en la mano. “Usted me desespera, me mata, me enloquece y hasta la vida diera por perder el miedo de besarla a usted”, cantó él a capella, sin dejar de mirarla. Luego, le dio la espalda y salió del bar y de su vida para siempre.

Fue la última vez que lo vio. La ciudad soñolienta era su única compañía ahora. Una llovizna pertinaz comenzaba a empapar el cuerpo de la muchacha. Del otro lado del muro, el mar encrespado luchaba por alcanzar la acera y los pies descalzos de Sandra. Los nubarrones taparon hasta la última estrella de la noche habanera. Ella cantaba otra vez un bolero mientras la lluvia y la oscuridad se iban tragando la silueta de una mujer que navegaba a la deriva.

RABO DE NUBE

Cuando se avecinaba la tormenta, Selma invocaba a Santa Bárbara. Changó era poderosa y, juntas, ahuyentaban los malos presagios. El cielo se quedaba despejado de nubes inoportunas y el sol volvía a brillar como en una mañana de primavera tropical. Ese don lo había heredado de su bisabuela Rosario. A ella ni los rabos de nube se le resistían. Sacaba las tijeras del costurero y, con paso firme y los ojos cerrados, salía al patio de la casona familiar. Entre rezos, alzaba los brazos y cortaba en el aire la tozudez del vendaval.

En su lecho de muerte, doña Charito le pidió a su bisnieta que se acercara y, en apenas un susurro, le dio las instrucciones precisas para alejar las tormentas y todo tipo de fenómenos naturales. Durante el verano las amigas se la rifaban. En aquel pueblito del sur de la isla, los nubarrones grises tenían la fea costumbre de plantarse sobre la costa y descargar allí toda la rabia acumulada. “Selma, aleja la tormenta”, le pedían las chiquillas con esa necesidad perentoria de lucir un bronceado perfecto en el baile del domingo.

La joven se acercaba a la orilla, cerraba los ojos y caía en una especie de trance. Mientras alzaba los brazos, invocaba a Changó y por si acaso también a Yemayá, dueña y señora de las mareas. Cuando terminaba el ritual dejaba caer los brazos, exhausta; se arrodillaba y se quedaba mirando fijamente la línea del horizonte. Como en otras ocasiones, las nubes preñadas de lluvia desaparecían y sus amigas corrían a abrazarla y a darle las gracias por el milagro.

Aquella fatídica tarde, víspera de otoño, los vientos huracanados comenzaron a vapulear los árboles y los tejados del pueblo.

La gente, aterrorizada, fue en procesión hasta la casa de Selma. Su madre salió al portal e intentó calmar a la multitud. Con un hilo de voz, la señora se dispuso a convencer a la exaltada masa humana de que su hija no estaba preparada para apaciguar la furia de un huracán fuerza cinco. Además, la muchacha estaba postrada en la cama con unas fiebres muy altas.

“La niña solo puede alejar las tormentas de verano y cortar un rabo de nube. Doña Rosario no le dejó instrucciones para espantar los huracanes”, aseguró Úrsula y luego entró en la casa. Atónitos primero y encolerizados después, los vecinos comenzaron a proferir improperios y a lanzar piedras contra la puerta y las ventanas. Exigían a Selma que saliera a la calle y que intentara detener a aquella bestia que se acercaba lentamente a la costa. El último de esas características había pasado hacía cincuenta años y provocó un ras de mar que engulló todo el pueblo. Solo quedó en pie la torre de la iglesia y la barbería de Yuyo.

Ante el incesante griterío, la chica abrió los ojos y le pidió a su madre que le echara una mano para levantarse. Doña Úrsula se negó rotundamente, pero su hija la tranquilizó asegurándole que el espíritu de Charito le daría de alguna manera las indicaciones para deshacerse de la bestia tropical que asediaba la isla. La madre, temerosa e incrédula, la ayudó a vestirse. Lo que pasó después, fue contado años más tarde por un periodista que aquel aciago día se plantó delante de la casa de Selma, de la mano de su abuelo materno.

Escribió Juan Cuesta que la muchacha salió al portal de la casa familiar cuando los primeros relámpagos alumbraban el horizonte. Demacrada y con el pelo enmarañado, vestía una bata blanca que se deslizaba hasta sus pies descalzos. El rumor cesó dando paso al silencio que precedía la tormenta. Con las mejillas encendidas por la fiebre, Selma alzó los brazos y cerró los ojos. Justo sobre su cabeza, apareció una espiral de hojas, ramas y pequeños animales del monte que fue envolviendo su cuerpo lentamente. Todos los allí presentes cerraron los ojos y empezaron a rezar. Mientras el murmullo crecía, ella se elevaba. Como si alguien hubiera dado una orden, la multitud se quedó en silencio.

Nadie se atrevió a abrir los ojos. Sin mediar palabra se cogieron de las manos y formaron un círculo alrededor de la joven. El periodista, que entonces era un mocoso de seis años, levantó el párpado del ojo derecho y comenzó a gritar como poseído: “¡Se ha ido, ya no está!”. De inmediato rompió a llorar y se abrazó a la cintura de su abuelo. Unos dijeron que se la había llevado el huracán como castigo; otros, que Selma se había elevado para unirse al espíritu de su bisabuela. Alguna lengua viperina aseguraba que había sido una estratagema de la muchacha para abandonar el país. Lo cierto es que el ciclón dio un giro inesperado y puso rumbo norte.

Frederick dejó una estela de destrucción en el continente. Pueblos enteros fueron borrados de la faz de la Tierra, contaba años más tarde Juan Cuesta en el “Bobo de Batabanó”. Sin embargo, desde ese día, ninguna tormenta tropical volvió a acercarse al sur de la isla. Cada aniversario de la desaparición de Selma, la gente del pueblo se reúne en el portal de su casa para encender velas, rezar y, de paso, pedir que algún rabo de nube los envuelva y se los lleve más allá del mar, preferiblemente hacia algún punto en el Norte.

EL PODÓLOGO

Mario sufría un trastorno fetichista incurable. Coleccionaba uñas femeninas dentro de una caja de zapatos. Además de liberar a sus clientas de los molestos callos y limar durezas, cortaba cuidadosamente las uñas de los pies y las guardaba como si fueran monedas de oro. Las de las señoras adineradas eran las más codiciadas y él las trataba como si fueran frágiles florecitas de cristal. Estaban muy bien cuidadas y olían a jazmín. Cuando las féminas llegaban a la clínica, las recibía haciendo una reverencia y besaba con delicadeza sus manos. Antes de comenzar el trabajo les ofrecía un té especial que, según aseguraba, se lo enviaban desde la China.

Cierto día, llegó una mujer muy alta y enjuta que presumía de ser la más rica del pueblo. Al ver la verruga en forma de coliflor que adornaba su labio superior, el podólogo no pudo evitar una mueca de desagrado. Nunca había conocido una criatura tan fea y antipática. Ella adivinó sus pensamientos y esbozó una sonrisa perversa que no pasó inadvertida para él. Sin dar los buenos días, la señora le espetó:

—Tengo las uñas encarnadas y unos callos que me están matando. He venido porque me han dicho que eres el mejor y mis pies son muy especiales. Te pagaré muy bien —le aseguró doña Nancy mientras se dejaba caer como pluma de cuervo en el sillón.

Mario asintió y se dispuso a desplegar el instrumental. Presintiendo que alguna sorpresa desagradable lo esperaba, se puso los guantes especiales que usaba para limpiar el inodoro. Cuando le quitó el zapato del pie derecho, un olor nauseabundo golpeó su membrana pituitaria y a punto estuvo de vomitar el desayuno.

En treinta años de profesión jamás había visto unos pies como aquellos. Por un momento pensó decirle a la señora que se largara de su despacho, sin embargo su sentido de la ética profesional lo frenó.

Unos juanetes como codos ennegrecidos sobresalían de ambos dedos gordos. Tenía callos hasta en los empeines y las uñas, amarillas y ganchudas, parecían las garras del águila imperial. Pero lo peor estaba entre los dedos. Una infección fúngica severa había dejado la piel en carne viva. El hedor era tan fuerte que Mario se llevó instintivamente una mano a la nariz para proteger la integridad de su olfato. No pudo evitar las arcadas y la palidez en el rostro. Nancy, con una sonrisa de Mona Lisa pérfida, le chilló al oído:

—Los honguitos me los trata con mucha delicadeza que se pagan muy bien en los restaurantes caros. Haga usted el favor de ponerlos, con mucho cuidado, en este *tupperware*.

Con los ojos desorbitados y el vómito a punto de salir disparado, Mario agarró el recipiente plástico y lo puso en el suelo. Al borde del desmayo fue limpiando meticulosamente los dedos casi putrefactos de la señora y depositando, con sumo cuidado, los hongos en el *tupper*. Una vez concluido el trabajo, la mujer le pidió que le cortara las uñas y las metiera en una cajita color violeta que guardaba dentro de su bolso. “Estas son para los chinos que tienen la peluquería en la esquina. Con ellas fabrican un producto para alisar el pelo”.

Cuando doña Nancy se marchó, Mario corrió al cuarto de baño y, después de vomitar la comida de varios días, se metió en la ducha con la ropa puesta. Sin creerse lo que había sucedido, maldijo a aquella infecta criatura que dejó un olor repugnante en su consultorio y que lo hizo dudar de las ventajas de su profesión. Después de limpiar el instrumental, el sillón y el suelo con lejía, tiró el contenido de la cajita que guardaba en su armario. Las uñas perfumadas de sus clientas pudientes desaparecieron en las entrañas del inodoro.

Cansado y sudoroso, el podólogo juró que jamás volvería a coleccionar nada relacionado con los pies, aunque olieran a ro-

sas, ni a comer champiñones. Se cogió el resto del día libre y decidió cenar fuera. Como era su costumbre, entró en el restaurante de su amigo Julio. Pedía siempre el mismo menú: bistec de ternera con papas fritas, arroz blanco y ensalada de tomates. Mientras se bebía una cerveza helada, el camarero se acercó con un plato humeante. Sonriente, lo depositó sobre la mesa con un gesto que parecía una reverencia.

—Usted debe ser nuevo, joven. Aquí todos me conocen y saben lo que como —le dijo Mario contrariado.

—Sé lo que le gusta, señor. Julio me ha pedido que le traiga algo diferente. Está seguro de que le gustará. Es un nuevo plato, muy caro. Lo que pudiera llamarse una *delicatessen*. El olor es un poco fuerte, pero le gustará. No se preocupe usted, hoy invita la casa.

Mario bajó la mirada y no pudo evitar las náuseas. Sobre aquella pieza de fina porcelana china, unas gambas se apretujaban en el centro, custodiadas por hongos de color marrón oscuro. El olor que despedía la comida era el mismo de los pies de doña Nancy. El podólogo miró desconcertado hacia todas partes y palideció. Los otros comensales estaban degustando el mismo plato con sumo deleite. En una mesa cercana, una mujer alta, enjuta y con una verruga en forma de coliflor en la parte superior de los labios, alzó una copa de vino tinto y brindó a su salud.

EL PESCADOR

La caña de pescar era un pretexto. Sabía que los peces jamás se acercarían a esa orilla donde el mar mordía con saña las rocas. Durante un día aciago hacía miles, tal vez millones de años, algún volcán despechado había escupido lava sin misericordia sobre aquellas costas. El hombre se sentó sobre una roca plana y oteó el horizonte. Ninguna isla a la vista, solo un par de gaviotas que planeaban hambrientas sobre su cabeza. Ni ballenas ni delfines ni veleros. Estaba solo frente a un océano grisáceo que ondulaba con vehemencia y luego lanzaba a ciegas la espuma contra las piedras.

El viento castigaba su pelo blanco. El hombre se aferraba a la vara como si fuera su tabla de salvación. El único pez despistado que pasó por allí fue engullido por la voracidad de la gaviota. Él se quedó embobado observando el vuelo de aquel animal que podía divisar el alimento desde una gran altura. Envidió sus alas y no su sentido de la vista. Cerró los ojos y saboreó el salitre incrustado en los labios. Una fina llovizna mojó su camisa descolorida. El invierno estaba a la vuelta de la esquina y muchas aves marinas se marcharían a sitios más cálidos. El hombre volvió a pensar en las alas y no en el alimento.

Una ráfaga de viento frío le arrebató la caña de pescar. Pero él se quedó aferrado a su recuerdo como un niño a la mano de su padre ausente. Sabía que estaba solo a merced de las corrientes y del arrebató de las olas. Las gaviotas también se habían alejado persiguiendo un pez volador. Definitivamente estaba solo, la camisa hinchada como una vela raída, la vista clavada en la escurridiza línea del horizonte. Divisó un barco que navegaba hacia un punto cardinal desconocido. El hombre no tenía brújula

ni timón ni rumbo. Solo una vara que ahora flotaba hecha añicos, abandonada a su suerte. El pescador, abatido y con el estómago vacío, se alejó cabizbajo pensando ahora en la porfía del mar y en la mansedumbre de las rocas.

CARICIAS VIRTUALES

Él tecleó un nombre de mujer en el ordenador y ella sintió su aliento en la nuca. Al otro lado del mundo, ella cerró los ojos y rozó levemente las teclas antes de escribir los primeros versos. *Enter*. Mientras él leía el poema, instintivamente tocó con la punta de los dedos su foto de perfil. A más de siete mil kilómetros ella sintió ese cosquilleo en la boca del estómago y cientos de mariposas colonizaron la habitación. Ella tecleó nuevos versos, los observó con cierto pudor y se mordió el labio inferior. *Enter*. Él echó la cabeza hacia atrás y disfrutó de la reciente caricia. Unas manos de dedos muy finos masajearon su espalda y luego se adentraban en su pelo ondulado. Abrió los ojos y se perdió en los labios de aquella mujer que lo miraba sonriente desde la pantalla. Ella dejó de teclear y aceptó los besos y las caricias. En medio de la fiesta de gemidos, él pulsó accidentalmente la tecla *Delete* y se hizo un silencio sepulcral. Angustiado intentó recuperarla, pero ella había desaparecido sin dejar rastro. Comprendió entonces las desventajas del mundo virtual, sobre todo cuando los dedos tocaban la tecla equivocada.

CAMBIO DE PLANES

Tenía tan mala puntería con los hombres que decidió matricularse en un curso intensivo de tiro con arco. Después de varias clases prácticas y algunos sobresalientes, pensó que había encontrado el amor de su vida. Pero, nada es lo que parece. El tipo agoniza en la unidad de cuidados intensivos de un hospital de la ciudad por culpa de un estornudo intempestivo. Ella, compungida y decepcionada, ha decidido hacer un retiro espiritual en un monasterio del Tíbet. Entre los monjes, cabizbajos y pensativos, se le conoce como Diana, la viuda de Cupido. Ha abandonado definitivamente la práctica del tiro con arco. Ahora se interesa por la meditación y por el estudio de las técnicas más avanzadas en la elaboración de las bolas chinas.

LA DECISIÓN DE JULIA

Mientras ella lloraba su ausencia, él invitaba a sus amigos a una noche loca de marcha en un bar de la ciudad. De cierta manera lo intuía, pero prefería seguir creyendo en el cuento de hadas que tantas veces leyó cuando era una niña. “Sé buena chica, Cenicienta, y tendrás zapatos de cristal y comerás perdices”, le oyó decir a la madrastra o a su psicólogo. No lo recuerda con exactitud porque la punzada en el estómago era tan fuerte y la mentira tan burda que perdió el sentido y cayó rendida en los brazos de alguien que simulaba ser el príncipe azul.

Decepcionada, Julia se sacudió aquel mal sueño, se secó las lágrimas, cogió la guitarra y se puso a improvisar. Al carajo las calabazas que se convertían en carrozas y los ratones que se transformaban en pajes. Ella no era Cenicienta y tampoco necesitaba un príncipe ni unos zapatos tan frágiles y costosos. Por eso, a las doce de la noche, dejó de componer letras tristes, se soltó la melena, se ató bien las zapatillas y se fue a hacer *footing*. Había aprendido que perder un zapato en el camino no le garantizaba encontrar el amor de su vida.

PUNTO FINAL

Cuando llegó a la última página percibió un perfume que le era familiar. No podía recordar lo que había sucedido, pero conocía aquel olor que ahora lo embriagaba. Instintivamente acarició la frase inconclusa y cerró los ojos ante el goce que le producía el contacto con el papel. El punto lo incomodaba bastante. Era un intruso que pretendía dejar el asunto zanjado cuando había un final pendiente. Casi con violencia lo agarró por el cuello y lo levantó en vilo. Aterrorizado, el signo de puntuación intentó zafarse de la cólera del hombre. Demasiado tarde. En unos pocos segundos caía desde la décima planta y se quedaba adherido al pavimento como un chicle aplastado por el neumático de un camión.

Libre de aquel inconveniente, Ignacio se propuso averiguar el origen de la fragancia. Dejó el libro sobre la mesilla de noche y se dirigió al armario. Como un viejo sabueso fue oliendo sus camisas una por una. Si localizaba el olor sabría exactamente el día y el lugar del encuentro con la persona que le había dado el libro. Mientras avanzaba en sus pesquisas, el perfume se hacía más intenso. Maldita memoria. Era como si todo su pasado inmediato se hubiera borrado de un plumazo. Agarró la camisa a rayas casi con desesperación, la acercó a la nariz, aspiró profundo y el fuerte olor a salitre le taladró las fosas nasales.

María, así se llamaba aquella mujer. Él estaba sentado en el muro frente al mar y ella se acercó sigilosa por detrás. Le susurró algo al oído y le pidió que no se diera la vuelta. A Ignacio se le puso la piel de gallina y se le aceleró el pulso. Obedeció sin rechistar. Las manos se aferraban al muro y los pies se balanceaban en el aire. Ella le acarició la nuca y entonces él percibió el

olor a sándalo. Abajo, las olas golpeaban con violencia las rocas y las gaviotas volaban en círculo aprovechando los vestigios de la luz otoñal. Ignacio sintió una leve punzada en la columna vertebral cuando ella se pegó a su cuerpo. Era tan fuerte el magnetismo de aquella mujer que estuvo a punto de girarse y besarla. Ella adivinó sus pensamientos y volvió a pedirle que se quedara quieto.

Cesaron las caricias y el viento comenzó a azotar su cuerpo. De repente se sintió liberado así que, lentamente, fue girando la cabeza. Cuando se dio completamente la vuelta, la mujer había desaparecido. La melodía en el móvil le avisó que tenía un mensaje de *WhatsApp*: “Debes encontrar un final para esta historia. Se acaba el tiempo”. Aquello tenía que ser una broma, un tanto macabra para su gusto. Se acercaba su cumpleaños y los amigos le habían dicho que tenían preparada una sorpresa. El alcohol les había achicharrado el cerebro. Por eso él había dejado la bebida. Estaba a punto de echar a andar cuando vio el libro sobre el muro. Lo agarró un segundo antes de que una racha de viento se lo llevara. “Para María, una historia inacabada. Alguien debe escribir el final antes de que sea demasiado tarde”, era la dedicatoria escrita con letras torcidas. Luego, sintió un fuerte dolor de cabeza y todo se quedó a oscuras.

Ignacio estaba ahora en el balcón de su apartamento, apoyado en la barandilla que lo separaba del abismo. Sentía pena por el punto final que yacía inerte sobre el asfalto húmedo. No podía apartar los ojos del pavimento. El camión de la basura llegaría en cualquier momento y sería el encargado de rematar la faena. Tenía el estómago revuelto. En su desesperación por encontrar un final para aquella historia absurda, había vuelto a beber ron barato.

Ni los somníferos lo hacían dormir. El muro, el acantilado, el perfume, las caricias, el salitre, todo se mezclaba y la cabeza le daba vueltas como un tiovivo. Inesperadamente, el olor a sándalo invadió sus sentidos. Intentó darse la vuelta, pero el mismo ruego de aquella tarde frente al mar lo paralizó. Algo en su voz había cambiado, sin embargo eran las mismas manos, las mismas ca-

ricias, la misma mujer que mientras mordisqueaba sus orejas le susurraba que el tiempo se había acabado.

El camión de la basura frenó a unos pocos centímetros del cuerpo inerte. Todavía no había amanecido. El hombre que yacía sobre el pavimento húmedo tenía los ojos abiertos y una leve sonrisa se dibujaba en su rostro pálido. Alguien marcó el número de emergencias y solicitó una ambulancia. Una llovizna pertinaz comenzó a caer sobre la ciudad.

El punto final miraba al hombre con cara de satisfacción. Su maltrecha anatomía intentaba incorporarse para disfrutar del espectáculo. Otro incauto había sido víctima de la historia inconclusa. Arriba, en el balcón de la décima planta, una mujer que ocultaba su rostro en la penumbra, observaba cada detalle de lo que acontecía en la calle mientras apuraba el cigarrillo. Antes de que llegaran los servicios de emergencia debía recuperar el punto que le faltaba a la última página del libro.

EN TERRITORIO ONÍRICO

Aquel sentimiento dulce en el pecho la empalagaba y sus niveles de glucosa en sangre subían. Prefería lo agrio, era mucho más sano. No había pegado ojo pensando en aquellas manos que jamás la habían tocado. No necesitaba irse a la cama para soñar con él. Con los ojos muy abiertos y a plena luz del día, o en la oscuridad absoluta era capaz de imaginar las más variopintas situaciones.

En territorio onírico él le acariciaba la espalda mientras ella, avergonzada, pensaba en la verruga que como moco de pavo adornaba el nacimiento de las nalgas. Se daba la vuelta y más que besarle, asaltaba su boca de labios distraídos. Él, desconcertado, recibía el beso como quien abría la puerta a un visitante inesperado. Ella, resignada, le daba nuevamente la espalda, esta vez pensando en la legión de pecas que la había invadido durante el último verano. Ningún protector solar funcionaba.

Él sonreía con malicia sin que ella se percatara. Era metódico. Debía comenzar por la espalda. Ya habría tiempo para deleitarse con el resto de aquel cuerpo de musa de Botero. Al llegar a la verruga se detenía a observarla con malsana curiosidad. El bulto, del que afloraban tres pelos como antenas de telefonía móvil, se le antojaba una obra de arte postmoderno. Se acercaba más, cerraba los ojos y comenzaba a succionar con fruición. Ella experimentaba tal goce que estaba segura de que aquello era el tan cacareado nirvana.

Luego Cecilia regresaba de sus sueños preguntándose cómo era posible que la verruga que ella tanto detestaba le proporcionara tal placer. Y otra vez entraba en trance. Se quedaba mirando a un punto fijo y aparecía él pidiéndole que se diera la vuelta.

Primero la lengua exploraba lentamente la espina dorsal, y por último los labios se pegaban al bulto como una ventosa. Y aquello no era ni dulce ni amargo. En territorio onírico poco importaban los sentimientos y mucho menos los sabores. Cecilia volvía a pasar otra noche en vela, disfrutando a plenitud con el hombre de sus sueños.

LA MECEDORA

A mis abuelos Lita y Felipe

La anciana se mece y escucha distraídamente el implacable *Ltic tac* del tiempo. Acostado sobre la tierra reseca el perro la mira, cómplice de las horas y la desidia. La madera emite un leve quejido como señal inconfundible del desamparo. Un hilo de color blanco la mantiene sentada allí, con la vista errante y las manos quietas sobre el regazo. Alguien a quien ella ha olvidado le recuerda que no puede irse porque está amarrada. No entiende el significado de aquellas palabras, pero mueve la cabeza asintiendo y sonrío.

Carmen se despojó de la memoria como quien echa un vestido viejo a la basura. El lamento de la mecedora y el tren cargado de caña recién cortada son los únicos compañeros de viaje que reconoce y a los que se aferran sus ojos celestes, custodiados ahora por arrugas octogenarias. Los raíles del ferrocarril están demasiado cerca del portalito de la casa, por eso a su hija se le ocurrió usar el hilo de coser atado a ambos brazos del sillón. Por algún extraño mecanismo de la mente, la anciana acepta que está inmovilizada y que es imposible levantarse.

El perro sarnoso viene y le lame los pies descalzos. Ella lo observa con la curiosidad de un recién nacido. Hace el amago de inclinarse para acariciarle el lomo, pero instintivamente se echa hacia atrás y dirige la mirada hacia el cañaveral. El sol del mediodía es como una lengua de fuego que se extiende por la tierra roja. La despiadada claridad hiere las pupilas de Carmen. Deja de mecerse y cierra los ojos. Lentamente aspira el olor dulzón que llega desde el central azucarero. Se apagan el quejido de la madera y el de la vieja locomotora.

El tiempo se acurruca bajo la sombra que proyecta la mata de mango y allí comienza su agonía. Las gotas de sudor empapan

la blusa desteñida de la anciana. Los recuerdos se adormecen en las horas muertas de la tarde. El pasado, pegado a la humedad de la piel, le susurra aquellos boleros que solía cantarle al amor de su vida. “Felipe, amor de mi bohío, tu linda guajirita te espera bajo la ceiba, a la hora de la siesta”. Sonríe y las arrugas desaparecen. El olor a guarapo está impregnado en su pelo trigueño y ensortijado. El finísimo velo que le cubre la mirada se diluye. Alza los brazos como si quisiera abarcar todo el verde del cañaveral. El aullido del perro se confunde con el silbato de la locomotora. Carmen, liberada de la cuerda imaginaria que la ata a la mecedora, sale al terraplén y avanza a toda prisa, con los brazos extendidos, hechizada por los besos que la aguardan a la sombra de la centenaria ceiba.

POR PRESCRIPCIÓN FACULTATIVA

El psiquiatra le habló de la neurosis y le prescribió las caricias. Nada como unos dedos experimentados para desterrar la soledad de la piel y los tormentos del alma. Le prohibió los antidepresivos, los tranquilizantes o cualquier otro medicamento que anulara los sentidos e impidiera el disfrute. El médico insistió en el uso de las manos y, claro está, la boca y su inseparable compañera la lengua. El cuerpo y el alma siempre responden mucho mejor a las terapias alternativas.

CARTAS A MARINA

A Joaquín Nieto

La vio al lado del armario, con su bata blanca, el pelo suelto y esa sonrisa que siempre la hizo tan especial. Cerró los ojos y aspiró con fuerza su olor a nomeolvides. La brisa nocturna mecía levemente las cortinas del ventanal. “No te vayas, mamá. Todavía tengo muchas preguntas”, la voz en su interior sonó con tanta fuerza que sintió que el suelo y las paredes vibraban como las cuerdas de una guitarra. Ella se acercó flotando como un suave pétalo de rosa silvestre y se posó en el borde de la cama. Las manos trémulas acariciaron el cabello del hijo y por los labios entreabiertos se asomó aquella canción de cuna que tantas veces arrulló sus sueños. “Arrorró mi niño, arrorró mi amor, arrorró pedazo de mi corazón”.

Pablo abrió los ojos e instintivamente buscó el armario. Las cortinas rozaban con suavidad la madera áspera y dejaban que las luces de las farolas se colaran por los cristales del ventanal. Era una noche calurosa de julio. Se levantó de la cama y fue hasta la ventana. Tenía la camisa empapada de sudor y la boca seca. Se fijó que la luna menguaba y que algunas estrellas bailaban esa extraña danza estival que lo hechizaba. A su madre también le gustaba mirar al cielo, contar estrellas fugaces y pedir deseos para él. Nunca pedía nada para ella. Se conformaba con ver a su hijo creciendo sano y feliz.

Hacía cinco años que se había marchado, pero a Pablo le parecía que había sido ayer. Una terrible punzada le atravesaba el pecho cuando recordaba el momento en que su madre le agarró la mano con fuerza y le pidió que nunca dejara de escribirle cartas. Ante el gesto de sorpresa del hijo su alma se escurrió sigilosa. Él se inclinó para besar la frente blanquísima de la anciana y dejó

que el llanto empapara los cabellos que siempre olían a nomeolvides.

Después de beber agua y cambiarse la camisa, el hombre caminó hasta el escritorio y contempló la máquina de escribir. Las teclas polvorosas le recordaron que hacía cinco años que no escribía una sola frase. Tuvo la impresión de que las letras lo miraban con desdén, resignadas ante tanta desidia. Otra vez sintió la mano de su madre apretando la suya y las palabras llegaron a su cerebro como una ráfaga de viento huracanado. Buscó desesperadamente una cuartilla y la introdujo en el rodillo. Sentía el corazón latiendo en la sien.

Marina era una de las muchachas más bonitas del pueblo. Cuando Rogelio la vio en aquella verbena lo tuvo claro. Se casaría con ella y sería el hombre más feliz de la isla y del mundo. La sonrisa de la mujer era una fiesta en sí misma. Sus cabellos largos y ondulados olían a flores silvestres. Delgada y etérea, dejaba siempre a su paso ese polvillo encantador que solo se desprende del cuerpo de las hadas y los ángeles en su efímero paso por este mundo.

Marina y Rogelio tuvieron un hijo que creció feliz en aquella casita blanca, al borde del barranco. Entre flores, perros, cabras y gallinas pasó Pablo su infancia. Con apenas cuatro años ya sabía leer y escribir. El mejor regalo que podía recibir en sus cumpleaños era un álbum ilustrado. De tanto hojear los libros, los colores y los olores se le quedaban impregnados en los dedos, y cada historia lo hacía viajar en el tiempo y el espacio. Cuando cumplió los doce años decidió que sería escritor.

El polvillo saltaba de las teclas como una fiesta de confetis. Varios estornudos interrumpieron aquella carrera frenética por llenar la cuartilla de palabras. Nunca fue muy rápido tecleando, pero esta vez sus dedos golpeaban con agilidad y precisión cada letra mientras las ideas se iban desparejando. Tenía que terminar la carta antes de que amaneciera.

Su madre siempre contaba a sus amigas que su hijo escribía como los ángeles. Cada vez que recibía correspondencia, las reunía en el comedor de la casa para leerla y presumir de la elo-

cuencia y de las metáforas que su niño le dedicaba. Fue la época en que Pablo se marchó al continente para estudiar Magisterio. Todas las semanas Marina recibía una carta llena de anécdotas y de frases poéticas. El amor de su hijo la conmovía hasta las lágrimas. Cada misiva era el motivo perfecto para una tertulia en la que no faltaban el buen café, las galletitas y los comentarios sobre la vida de la gente del pueblo.

Cuando las farolas se apagaron y los tenues rayos del sol comenzaron a colarse por la ventana, Pablo se echó para atrás en la silla, cerró los ojos y bostezó. Sobre el escritorio, más de veinte cuartillas se mezclaban con el reguero de libros y un sinfín de documentos. Era la carta más larga que había escrito en su vida. Necesitaba contarle a su madre todo lo que había sucedido en esos cinco años de ausencia.

Eligió minuciosamente las palabras para decirle cuánto la echaba de menos. Cinco largos años de lágrimas calladas y otras que se movían como duendes sigilosos y se acurrucaban desconsoladas sobre la almohada. Se preguntaba si algún ángel querría servirle de cartero para llevar la misiva a su destino. “Creo que he perdido la razón. Esto es absurdo”, se dijo mientras se levantaba para estirar las piernas. Tenía todos los músculos entumecidos. Fue hasta la ventana y vio un par de gaviotas que daban vueltas en círculo intentando divisar algún pez despistado. Los párpados le pesaban como bloques. Corrió la cortina y se fue a la cama. Cerró los ojos y en el duermevela volvió a escuchar la voz de su madre: “Arrorró mi niño, arrorró mi amor, arrorró pedazo de mi corazón”.

Ocho horas más tarde, Pablo se despertó. Afuera estaba oscuro y llovía. El olor a tierra mojada le produjo una agradable sensación de alivio. Desde niño le gustaba el sonido de las gotas al caer en el tejado. La lluvia nocturna era una especie de bálsamo que calmaba los sentidos. Se incorporó en la cama y encendió la lámpara de noche. Necesitaba un café para volver a sentarse y acabar lo que había comenzado.

Descalzo, caminó hacia la puerta de la habitación. Antes de salir miró de reojo el escritorio y la sorpresa lo dejó paralizado.

La máquina de escribir se había despojado del polvo y todo estaba en perfecto orden. Un temblor incontrolable se apoderó de su cuerpo. Otra vez el corazón le latía en la sien. No había rastro de las más de veinte cuartillas, solo una nota con aquella caligrafía inconfundible: *Los ángeles siempre serán nuestros aliados. Busca las respuestas en las señales, Pablo, las señales que te va dejando la vida. Te quiero. Mamá.* La noche acalló el sonido de la lluvia sobre el tejado y la danza estival de las estrellas comenzó a dibujar extrañas formas en el cielo.

NUPCIAS EN SOLITARIO

Cansada de esperar por el amor de su vida, Rebeca decidió casarse de un modo poco convencional. Divertida, lo bautizó como “nupcias en solitario”. Sería una ceremonia muy austera. Dos damas de honor, unos pocos amigos y la madre de la novia que la conduciría al altar con lágrimas en los ojos.

El sacerdote, confuso e incrédulo, pensaba que aquella era una boda totalmente disparatada, o que estaba siendo víctima de una cámara oculta. Seguro que el novio aparecería en cualquier momento y él, aliviado, podría celebrar el enlace como mandaba el Señor. Sin embargo, sus esperanzas se desvanecieron cuando la melodía nupcial puso a temblar las paredes del templo y la novia avanzó sonriente y de blanco impoluto hacia el altar.

Rebeca se plantó decidida frente a don Jeremías y le hizo un gesto con la mano para que comenzara su discurso. El padrino, sosteniendo una cajita de color azul celeste, se colocó como pudo al lado de la novia. El aliento etílico del buen hombre hizo que el cura lo mirara con cara de pocos amigos, y se llevara instintivamente una mano a la nariz. Bastante tenía con casar a aquella chiflada consigo misma, como para tener que aguantar a aquel individuo que profanaba con su actitud la casa de Dios.

“Estamos aquí reunidos para unir en sagrado matrimonio a la señorita Rebeca Valdés con...” El sacerdote tragó en seco y alzó sus ojos a la inmensa cruz como si pidiera perdón al Cristo martirizado. “Consigo misma”, don Jeremías acabó la frase con una flema atascada en la garganta y el rostro pálido. “Se equivoca, señor curita. Esto que llevo en la caja no es un anillo como usted cree”, dijo tambaleándose y entre hipos el padrino. Acá mi sobrina no le gusta ese rollo convencional. Ella es un poco *hippie*

y lo que hay aquí, dentro de esta caja tan bonita, es el que será su compañero hasta que la muerte los separe.”

Acto seguido el tío de Rebeca le mostró al cura lo que escondía la misteriosa cajita azul celeste. Ante la imagen del enorme vibrador de color verde fosforescente, don Jeremías se llevó ambas manos al pecho y apretó con fuerza el crucifijo bendecido por el Papa. Rebeca soltó una carcajada, se acomodó los pechos dentro del ajustado vestido y le guiñó el ojo izquierdo al párroco. “Sea breve, padre. Mi “amorcito” y yo tenemos prisa por irnos a la luna de miel”. A don Jeremías se le nubló la vista y cayó de bruces. Dos años después, sonríe al recordar aquella boda rocambolesca, mientras guarda cuidadosamente en el armario de la sacristía una cajita de color azul celeste.

SABOR A MANGO

La única vez que Aurelio me besó su saliva me supo a mango madurito. Me pareció raro porque a él no le gustaban las frutas y mucho menos esta en particular. Decía que le sabía a purgante y que las hilachas se le metían entre los dientes y tardaba semanas en librarse de ellas. Si algún olor le molestaba decía: “Eso huele a mango. ¡Qué asco!”. La mueca le torcía la boca y cambiaba por completo la expresión casi siempre apacible de su rostro.

Era un muchacho raro. Se pasaba horas dibujando marcianos y naves espaciales, y decía que una noche había visto una sobre el techo de su casa. No tenía muchos amigos y a pesar de que las chicas suspiraban por él, era el único de su clase que no tenía novia. Eso sí, era el mejor bateador del equipo de béisbol del colegio. El uniforme le quedaba pintado.

Una tarde de domingo, hace ya más de treinta años, durante un juego en el estadio del pueblo, Aurelio soltó el bate en el momento más tenso. Cero carreras, con todas las bases llenas, y fue a refugiarse detrás de unos arbustos. Era el encuentro más importante de la temporada. Si el equipo del instituto perdía, no podría clasificarse para la final. Sus compañeros se quedaron boquiabiertos y comenzaron a llamarlo a gritos. Al cabo de unos minutos, apareció vociferando y escupiendo palabrotas con la cara enrojecida y los pantalones bajos. Las hormigas bravas no habían perdonado al intruso y le habían puesto un carnaval en el culo. Desde ese día le encasquetaron el mote “cagaterrenos”.

No era apuesto pero era alto. Tenía el pelo rubio y rizado y los labios carnosos y rojos. Pasé varios años de mi niñez imaginando cómo sería besarlo y sentía un cosquilleo que me bajaba hasta el

estómago como un ejército de hormigas tirándose por un tobogán. Aquella tarde de domingo, mientras la orquesta Los Zafiros acariciaba los sentidos de los enamorados en la verbena, con el mismo bolero de las fiestas anteriores, en un rincón oscuro del parque yo solo escuchaba las palabras de amor que me susurraba Aurelio.

Se fue acercando hasta que su rostro estuvo a unos pocos centímetros del mío. Creo que por un momento mi corazón se paralizó. Me cogió suavemente por la cintura, me apretó contra su cuerpo y yo cerré los ojos. Me sentí poseída, como si flotara en una piscina de agua tibia y salobre. Yo tenía entonces catorce años y él dieciséis. De repente, a la altura de la bragueta de su pantalón algo duro como una piedra amenazaba con romper la tela y atravesarme como una espada vikinga. Desperté violentamente de mi letargo y volví a escuchar las palabras de la tía Merche cuando le decía a mi madre que ella se quedaba embarazada hasta cuando el marido la besaba. Aterrorizada, lo empujé y salí corriendo.

Me sentía avergonzada y no me atreví a contárselo a Milagros, mi mejor amiga. En el colegio aprovechaba la hora del recreo para quedarme en el aula leyendo una novelita romántica que la tía Merche me había prestado. “No se lo digas a tu madre, ya sabes lo mojigata que es y piensa que todavía eres una cría. No dice mucho, pero si lees entre líneas aprendes un montón”, me dijo mientras escondía aquel ejemplar de “Amor Salvaje” debajo de mi almohada.

No quería salir al patio. Imaginaba que todos sabrían lo que me había pasado y que se burlarían con grandes carcajadas. El primo de Aurelio sería el primero. Era un espantapájaros. Andaba siempre despeinado, con la ropa sucia y los dientes manchados de amarillo. Se limpiaba los mocos con la manga de la camisa y tenía la cara cagada de moscas. Se pasaba todo el dichoso día detrás de mí, con esa sonrisita estúpida, intentando tocarme. Un día tuve que pedirle a Marcos, alias Popeye, que lo amenazara y le dijera que era mi novio para que me dejara en paz.

Marcos, demasiados músculos para su edad. Decía la abuela que tanta fuerza muscular atrofiaba el crecimiento del miembro

viril. El día que se lo dijo a mi madre, refiriéndose a un vecino que trabajaba como estibador en los muelles y practicaba boxeo, pensó que yo no la entendería. Pero lo cierto es que ya yo había estado husmeando en un libro de anatomía humana de los alumnos de bachillerato y tenía el dibujo del aparato reproductor masculino grabado en mi cerebro.

Precisamente fue Marcos el primer enamorado oficial que tuve cuando entré en el instituto. Aquel primero de septiembre, mientras el director echaba un discurso aburrido e interminable sonándose de cuando en cuando la nariz, sentí una mirada olfateando debajo de mi falda. Giré la cabeza y allí estaba él contemplándome embobado. No me pareció feo, pero las mangas de su camisa blanca estaban a punto de estrangular sus brazos. Esa imagen me atemorizó un poco, así que volví a mirar al frente fingiendo que estaba muy interesada en las palabras de aquel hombrecillo enjuto con cara de totí que decía ser el director.

A Marcos sí le encantaba comer mangos. Le gustaban verdes y con sal. No sé cómo se las arreglaba para colarse en la finca de don Virgilio. El viejo tenía un carácter endemoniado y siempre estaba dispuesto a apretar el gatillo de su escopeta de caza. Dice mi abuela que una noche de tormenta le disparó a su propio caballo pensando que era un ladrón. El caso es que Marcos sabía a la hora en que don Virgilio hacía la siesta; se metía en la finca arrastrándose como un majá por debajo de la cerca de púas y engatusaba al perro con un trozo de carne.

Llevaba un saco colgado a la cintura y con la rapidez de un mono tití se encaramaba a la mata de mango y la dejaba casi en cueros. “Cómete un manguito verde, chiquita”, me decía mientras metía la mano en el saco mirándome descaradamente los labios. “Un día te vas a empachar, Marcos”, le respondía yo con cara de asco. “Entonces me pasas la mano por la barriga, chiquita, y seguro que me curo en un santiamén”, me decía acercándose peligrosamente. A mí se me subía la sangre a las mejillas y entonces lo empujaba, sin resultados, pues aquellos músculos precoces cubrían su esqueleto como una armadura de acero.

A Milagros sí le gustaba Marcos, pero él no se había dado cuenta de su existencia. Un día se le acercó durante el recreo y ella se puso a temblar como una hojita de laurel expuesta a la ventolera. Con un hilo de voz le ofreció un caramelo de fresa y sonrió. “¿Eres nueva en el colegio, flaca? Yo no como esas porquerías porque se me pican las muelas.” Milagros echó a correr con la cara descompuesta por la rabia y la vergüenza y no volvió a salir al patio en un mes.

Después de incidente en el parque aquella tarde de matiné Aurelio me esquivaba. Cuando se me pasó el bochorno traté de darle una explicación, pero se escondía durante el recreo y a la salida agarraba su bicicleta Orbea, regalo de su padre que trabajaba en un buque mercante, y desaparecía en un abrir y cerrar de ojos. Más que con sus labios estaba obsesionada con el sabor de su saliva. Era una especie de deleite y misterio.

Cada vez que mi padre hacía batido de mango me daban ganas de llorar. Lo tomaba con los ojos cerrados mientras las lágrimas iban cayendo dentro del vaso. El sabor dulce se volvía amargo y otra vez la lengua de Aurelio intentaba colarse en mi boca virgen. “¿Qué tienes, chiqui?”, preguntaba mi padre con el rostro preocupado. “Nada, papá. El batido está muy frío y me saca las lágrimas; está muy bueno, como siempre”.

Aquella tarde en el colegio vi venir a Milagros corriendo por el pasillo mientras agitaba los brazos. Pobrecita, tan delgada y pequeña parecía una lagartija asustada. “Está allá atrás, en el patio, sentado en el banco debajo del algarrobo, pero no vayas porque no está...”, y antes de que terminara la frase yo había salido disparada como una bala que busca desesperadamente su objetivo. Mientras corría sentía que la boca se me llenaba de saliva y un intenso sabor a mango acariciaba con lascivia mis papilas gustativas.

Me detuve en medio del patio, sin aliento y con un hilo de baba bajando por la comisura de los labios. Instintivamente, me incliné para escupir. Creía que el corazón se iba a salir por la boca. Al incorporarme lo vi, debajo del algarrobo como me había dicho Milagros. No estaba solo, lo acompañaba una rubita de

cabellos encrespados que, sentada frente a él, me daba la espalda. No llevaba uniforme.

Han pasado más de treinta años, sin embargo lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Ella lucía un vestido azul marino con lunares blancos y el pelo suelto le caía insolente sobre la espalda. Estaban tan acaramelados que no se percataron de mi presencia. Mis ojos adolescentes no podían dar crédito a lo que veían. La rubita estaba comiéndose un mango enorme y madurito. Lo saboreaba con fruición mientras el líquido resbalaba indiferente por sus manos e iba cayendo sobre el vestido de lunares. Él la contemplaba alelado. Vi que una de sus manos, la misma que me había acariciado la nuca aquella tarde de matiné en el parque del pueblo, había desaparecido debajo de vestido.

La rubita emitía unos sonidos raros, se movía como si el banco le estuviera quemando las nalgas y mordía la pulpa amarilla casi con violencia. Él se acercó tanto que sus labios carnosos saltaron sobre la boca de ella como una fiera después de un prolongado ayuno. Mientras la besaba, aquel líquido dulzón que desprendía la fruta se deslizaba por la comisura de sus labios e iba formando un charco sobre los pantalones azules. Quise correr pero las piernas no me respondían. Sentía como si tuviera el cuerpo congelado y los pies clavados en el cemento del patio. Aquel penetrante olor a mango me provocó unas náuseas terribles y allí mismo comencé a vomitar, ante la mirada atónita de los tortolitos.

Pasé varias semanas soñando que Marcos me ofrecía una cesta repleta de mangos verdes con sal y yo me los comía todos. Después del atracón sentía un fuerte dolor de estómago y entonces veía la mano de Aurelio acariciando mi vientre. Comenzaba a gemir como la rubita aquella tarde en el patio del colegio, y después vomitaba un líquido amarillo con olor a podrido. Él se reía a carcajadas, tan alto como si tuviera un altavoz en la garganta. “Maldito cagaterrenos, mentiroso, claro que te gusta, por eso tu saliva sabía a mango. Ella te enseñó a comer la fruta, degenerado”, le gritaba yo mientras él continuaba burlándose.

Han pasado más de treinta años y mi madre ya no está para contarlo. Ella decía que aquello era un empacho y que por eso

tenía tanta fiebre y dolor de barriga. Hasta mi abuela que sabía mucho sobre el mal de estómago, vino con su aceite de carnero a pasarme la mano por el vientre para ver si mejoraba. Ningún remedio dio resultado.

Al cabo de un mes dejé de soñar con los mangos verdes, comencé a comer como una hiena hambrienta, mi padre cortó de raíz el árbol heredado de los bisabuelos y se acabaron los batidos de las tardes calurosas. Aurelio se matriculó en el instituto del pueblo vecino y la rubita dice Milagros que la han visto en la capital, en una casa de citas muy concurrida, donde las muchachas reciben a sus clientes vestidas como Carmen Miranda, con unas cestas repletas de mangos maduritos sobre sus cabezas.

SON DE LA LOMA

Lleva la música en los genes. Está segura de que tiene sangre africana, aunque la gente le diga que parece europea. En esa isla son todos mestizos. “Aquí el que no tiene de congo tiene de carabali”, asegura su abuelita. La prueba está en el mulato con rasgos asiáticos que atiende las mesas en el bar de Arquelio. Aunque hace calor el local está repleto. Alguien mete una moneda en la vitrola y las primeras notas del son acarician sus oídos.

Los pies de Elena se mueven solos. Sentada en la barra se refresca los labios con un mojito, recuerda con nostalgia las palabras de su amigo Emilio, un negrito más prieto que el culo de un caldero, y sonrío. “Oye, blanquita, pero si tú pareces francesa, muchacha. Ni un buen culo tienes para mover al ritmo de la música. Ven conmigo, que tú y yo podemos bailar en un solo ladrillito”.

A Emilio lo mataron de una puñalada en el barrio de Jesús María. Lo confundieron con un traficante de armas. Era periodista y hablaba tres idiomas. Elena lo echa de menos, sobre todo cuando alguien mete una moneda en la vitrola y selecciona un son. Ignacio Piñeiro, Níco Saquito, Compay Segundo, Miguel Matamoros, da igual. Los músicos de pura raza hacen que la melodía te suba por los pies y ponen a gozar tus sentidos. “Donde haya un buen son, Elenita, que se quite del medio todo lo demás”, solía decir Emilio con aquel vozarrón que ponía a temblar las paredes.

“Mamá yo quiero saber de dónde son los cantantes...” Ella no puede aguantar las ganas de moverse y salta a la pista de baile. Las luces de colores que giran frenéticas en el techo la seducen

y empieza a marcar los pasos como lo haría una experimentada bailarina del cabaré Tropicana. Cierra los ojos y canta a viva voz la letra grabada en su memoria desde que, siendo una niña, bailaba con su abuelo Felipe en la matiné que se celebraba los domingos en el parque del pueblo. “Que los encuentro galantes y los quiero conocer, con su trova fascinante que me la quiero aprender. Son de la loma y cantan en llano. Mamá ellos son de la loma, mamá ellos cantan en llano...”

Los pies no pueden parar y su cuerpo empapado en sudor se mueve como el de una sirena que ondula al ritmo de las corrientes caribeñas. “Mueve esas caderas, chica, como si fueras una mulata culona. Deja de hacerte la francesa que tú eres cubana como la palma real”. Vuelve a escuchar la voz y la risa de Emilio a pesar de la algarabía. Elena abre los ojos y en una esquina del bar ve la sonrisa amplia y los dientes blanquísimos de su amigo. Demasiados mojitos, piensa, y sin dejar de moverse le hace un gesto al mulato con rasgos asiáticos para que se acerque. En el centro del salón, otros bailadores siguen el ritmo de la música en una coreografía perfecta. Les da igual si los cantantes son de la loma o del llano. Ni siquiera han reparado en aquella mujer blanca, de apariencia europea, que mueve las caderas y no deja de girar y girar al compás del son.

El Chino, como llaman todos al camarero, deja la bandeja encima de la barra y se acerca a la joven. El movimiento de caderas y la sonrisa de Elena lo hipnotizan. Con la destreza de un bailarín la sujeta por la cintura y la pega a su cuerpo con firmeza. Los rostros se reconocen, las bocas tararean la melodía, los sudores se mezclan, las piernas se acoplan, las caderas no paran de contonearse mientras un negrito prieto como una noche sin luna mete la moneda en la vitrola y selecciona otro son para los bailadores que, eufóricos, vitorean a los cantantes que aunque nacieron en la loma esta noche prefieren cantar en el llano.

METÁFORAS

A Manuel Díaz Martínez

Mirando el mar desde la ventana de la residencia, Juan Manuel se acordó de Teresa y lo contó en unos pocos versos. Ahora tiene más de ochenta años, pero las metáforas sobreviven al tiempo y al destino. Tienen una especie de eternidad en su esencia. Recuerda que eran muy jóvenes y ella ya estaba comprometida, sin embargo lo miraba con disimulo en el patio del colegio. Él garabateaba estrofas en su mente y repetía el nombre de la muchacha, hasta que el cansancio le pesaba en los párpados y caía rendido sobre el libro de matemáticas.

En sueños volvía a escuchar su risa. Veía con asombrosa nitidez las cintas en su pelo, las miradas furtivas y la falda de color azul. Ella se acercaba flotando, envuelta en una neblina de encanto sublime. Él tenía una flor en la mano, pero la timidez le impedía dársela. La mirada intensa de ella se le colaba hasta el tuétano y entonces despertaba sudoroso, turbado, con el aroma a flores silvestres pegado a su piel. Aquella tarde, ella agitaba la mano detrás del cristal de la ventanilla del autobús. Le sonreía y su mirada tenía algo de pajarito asustado. “Está comprometida, pero tú eres el que le gusta, poeta”, le decía su mejor amigo. Juan Manuel lo sabía y también supo ese día que no volvería a verla.

Las metáforas suelen ser cómplices de la memoria y se quedan agazapadas en sitios insospechados. Teresa es como los dedos de la brisa. Caricia tenue y escurridiza. Mano que se agita como la ropa recién tendida al sol. Teresa y la lluvia que nubla el cristal de la ventana. Muchacha de grandes ojos del color de una tarde plomiza. Teresa viene y se sienta como un pajarito tímido al borde de la cama. Le sonríe al poeta moribundo y le acaricia brevemente la mano arrugada y temblorosa.

El viento se atreve a interrumpir la complicidad de los enamorados y le levanta la falda azul recién planchada. Teresa ríe y sus ojos se vuelven pequeños, dejan de ser plomizos y se convierten en un cielo diáfano de primavera. Juan Manuel, sentado en un banco del patio del colegio, sigue garabateando versos en una libreta pequeña y muy gastada. Ella se aleja lentamente de la mano de otro hombre y vuelve el rostro por última vez, mientras él juguetea con las palabras que completan el último verso.

LA CASTA Y EL BUENO

La llaman la Casta, pero todos saben que se acostó con el jefe. Alta y flaca como una caña brava, con el pelo muy estirado y recogido en un moño, la blusa abrochada hasta el cuello, la falda por debajo de las rodillas y las gafas culo de botella, va de un sitio a otro de la empresa como una atleta olímpica. Las fotocopias, las facturas, el fax para el concesionario de la *Ford*, recoger las camisas de don Vicente en la tintorería, preparar las invitaciones para la cena de Navidad, pedir la cita para el perro de don Vicente, ir a Hugo Boss a cambiar la corbata porque al jefe no le acaba de convencer el color azul.

Gabriela en sus marcas, listo y fuera, la llaman otros. Con sus patas de galgo se echa a la pista para que todo quede resuelto y don Vicente no tenga quejas de su trabajo. La recompensa es ese hombre que la espera fumando un cigarrillo tras otro detrás de un escritorio de madera preciosa que costó un capital. El premio en forma de sonrisa con diente de oro incluido. Sin olvidar la palmadita que le suele dar en el hombro y alguna nalgada inofensiva si están a solas en la oficina.

Don Vicente tan desordenado, tan despistado. Hasta los clínex llenos de mocos los deja encima de la mesa. Pero ella pasa por alto esos detalles porque está ahí para eso, para que él no tenga que preocuparse por nada. El pobre, tiene tanta carga de trabajo que los pocos pelos que le quedan se le han teñido de blanco. Casi todas las noches una cena de negocios y claro, el hombre es de buen comer, y el vientre se le hincha como un globo. Lo peor es que no le gusta hacer deporte, dice que no tiene tiempo. Y Gabriela insiste en que tiene que cuidarse, que el colesterol es un enemigo silencioso, que si la dieta sana, que recuerde la analítica del mes próximo y la cita con el cardiólogo.

El bueno de don Vicente, asediado por las mujeres. Lo persiguen como las garrapatas al perro. No le dan descanso ni en días festivos. Aquella tarde Gabriela regresó al despacho porque había olvidado una carpeta que se llevaba a casa para adelantar el trabajo y allí estaban, debajo del escritorio. Eran unas bragas rojas de *Victoria Secret*. El calor le subió al rostro y a punto estuvo de hacer una locura, pero logró controlarse. Respiró hondo y se clavó varias uñas en las palmas de las manos. Estaba segura de que eran de la rubia con cara de muñeca menopáusica, la comercial de la *Toyota*. Tan alta, tan estirada, tan adicta al *botox*, con ese ridículo lunar de puta barata en la mejilla. Gabriela hizo de tripas corazón, buscó unos guantes y recogió las bragas con el gesto torcido. Tenía ganas de vomitar. Los ojos se le humedecieron, pero el dolor que le provocaron las uñas entrando en la carne de las manos le devolvieron el orgullo.

“Pobre don Vicente, no es su culpa. Es tan bueno e inocente que se deja embaucar por esa furcia a la que solo le interesa su dinero, su posición y que la enchufe en las altas esferas. La cojería y le retorcería ese pescuezo largo y estirado gracias a la cirugía plástica, costada seguramente por él”. Sin saber por qué a Gabriela le vino a la cabeza la imagen de su padre corriendo detrás de las gallinas. Las agarraba por el cogote, las miraba con rabia y luego apretaba con fuerza, hasta que su madre le gritaba que parara, que las niñas estaban mirando.

Tenía mal carácter su padre. Gracias a Dios allí estaban los animales para que él pudiera desahogarse. Los domingos, después de estrangular a la gallina que iba a cocinar su madre, se marchaba al bar. Volvía a las doce en punto pidiendo a gritos su arroz con pollo. Ella y sus hermanas se encargaban de preparar la mesa y la madre venía con la fuente humeante y la colocaba delante de las narices de su marido. El trozo más grande era para él porque para eso traía el dinero a casa. Ellas tenían que conformarse con lo que sobraba. Luego había que hacer la siesta sin rechistar. Gabriela metía la cabeza debajo de la almohada para no escuchar los golpes, los quejidos de su madre y el llanto de sus hermanas pequeñas. “Menéate, vaca muerta”, vociferaba aquel energúmeno.

“Don Vicente es distinto. Es un hombre de ciudad, educado, gentil, delicado, limpio, afectuoso”, la mujer suspiraba mientras evocaba el que fuera el día más feliz de su vida. Después de la conferencia en el salón del hotel Riviera lo acompañó a su habitación. La camisa se le había manchado de tinta y ella conocía un truco muy efectivo para que la mancha desapareciera. Recuerda que salió del baño sonriente mostrándole con orgullo el resultado de su trabajo.

Él había bebido más de dos copas. La miró a los ojos y ella se estremeció. Avanzó tambaleándose y le dijo al oído que era guapa, si se quitaba las gafas y se compraba un traje a la moda y unos tacones, luciría muy bien. Gabriela, ruborizada y temblorosa, le dio las gracias y quiso cambiar de conversación, pero él la agarró con firmeza por el talle, le quitó las gafas y la besó. Pensó que perdería el sentido, que aquello era un sueño, que don Vicente había perdido el juicio. Luego dejó de pensar y permitió que aquel hombre corpulento la desvistiera y se encargara de poner fin a su virginidad.

“Yo no soy una cualquiera. Lo mío con don Vicente es distinto. Él me respeta y me quiere, de eso estoy segura”, dice entre dientes mientras se encamina al baño. El jefe no se esperaba que la secretaria fuera virgen. ¡Por Dios, con casi cincuenta años! Por eso, cuando vio su mueca de dolor, escuchó el quejido y vio la sangre sobre la sábana impoluta, puso cara de arrepentimiento y maldijo la borrachera. Ella le aseguró que no pasaba nada, que era el destino, que había guardado ese tesoro esperando por un hombre como él, un caballero.

Don Vicente se levantó de un salto y le dijo que necesitaba ir al baño. Cerró la puerta de un tirón, se arrodilló sudoroso y jadeante y echó todo el almuerzo en el inodoro. Ella, preocupada, dio unos discretos golpes en la puerta y él le contestó que la comida le había sentado mal. Se lavó la cara, contempló el rostro cansado en el espejo y se reprochó lo que había hecho. Cuando salió ya ella se había vestido y lo esperaba sentada en el borde de la cama, mirando fijamente las losas del suelo.

Salieron discretamente del hotel y él la llevó hasta la puerta de su casa. Antes de bajarse del auto, Gabriela, ruborizada, le confe-

só que había sido maravilloso, tal y como lo había soñado. Él se limitó a pedir disculpas por su desatino, le dijo que era una buena mujer, que se merecía algo mejor, que había sido un error, y otra vez tuvo ganas de vomitar. Ella, con los ojos llenos de lágrimas, le contestó que él era el hombre de su vida, que lo amaba desde hacía mucho tiempo, que nadie la había tratado tan bien, que era una buena persona y que estaría siempre dispuesta a cumplir sus deseos.

Don Vicente sintió pena por la secretaria; sus ojos miopes tenían dibujada una súplica y a él los remordimientos le hicieron un nudo en el estómago. Se limitó entonces a sonreírle y le estrechó la mano como quien se despide de una persona a la que acaba de conocer. “Acuérdese de la reunión mañana a las nueve en punto”, le dijo mientras ella, con cara de desconcierto, se disponía a salir del lujoso *Mercedes*.

Todas aquellas ideas pasaron por la cabeza de Gabriela antes de echar las bragas de *Victoria Secret* en la papelera del baño. Le dolían las palmas de las manos y sentía una presión terrible en la sien. Después de “aquello”, don Vicente cambió. Ella pensó que era para disimular ante los otros compañeros de la empresa y, de esta manera, proteger su amor. Contrató a una chica joven con el pretexto de que había demasiado trabajo y necesitaba otra ayudante. Jamás volvieron a quedarse a solas en la oficina. Ella le dijo que era un gasto innecesario, que era su trabajo y lo hacía con mucho gusto, que se quedaría por las noches a terminar los informes si era necesario. Él la miró con gesto serio y le pidió con fingida amabilidad que no cuestionara sus decisiones. Gabriela se quedó helada, pero siguió pensando que era tan solo la estrategia que seguía don Vicente para que los demás no sospecharan nada. Cuando llegara el momento oportuno anunciaría su amor a los cuatro vientos y le regalaría un anillo con un diamante.

Ha pasado un año desde que “aquello” sucedió. “Seré muy paciente y tendré la recompensa”, pensó la secretaria mientras salía del edificio de la aseguradora Vicente Roque de la Fuente, con la carpeta de los informes apretada contra el pecho. Estaba segura de que cada vez que la rubia salía de la oficina del jefe,

él se metía en el baño a vomitar. Creía adivinar en sus ojos los deseos que tenía de librarse de aquella mujer. “Yo lo haré por ti, mi amor”, masculló mientras se encaminaba a la parada del autobús. “Calle Obispo número cuatro”, repetía con la cara pegada a la ventanilla. “Calle Obispo número cuatro zorra puta te voy a librar de esa bruja amor mío puta asquerosa él es mi hombre mi único hombre no me lo vas a quitar”, y la letanía iba dejando un vaho que se ramificaba como una planta trepadora sobre el cristal.

A las cinco de la mañana el timbre del teléfono lo hizo saltar en la cama. Don Vicente buscó a tientas el interruptor de la lámpara de la mesita de noche. La luz hirió sus pupilas y el corazón le latía en la cabeza. Con mano temblorosa levantó el auricular.

—¿Quién llama? —dijo tratando de aclararse la voz.

—Ya está hecho, cariño. Esa mujerzuela no volverá a molestarte.

—¿Cómo? Pero, ¿quién habla?

—Cariño, ¿no me reconoces? Soy yo, tu amor.

—¿Señorita Gabriela? ¿Qué sucede? ¿Sabe la hora que es?

—Perdona, mi cariño, pero no pude esperar para darte la noticia. Se ha terminado, te he librado de ella para siempre.

—Pero, ¿de qué habla usted? No entiendo nada. ¿Ha bebido?

—Nos vemos mañana, mi amor. Dulces sueños. Te adoro.

El bueno de don Vicente no podía intuir la gravedad de los hechos. Desconcertado, dejó caer el auricular al lado del teléfono sin entender lo que había pasado. Medio dormido todavía, pensó que todo aquello era fruto de una pesadilla. Entonces miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba despierto. Volvió a coger el auricular y marcó con el mismo temblor el número de la casa de su secretaria. Nadie respondió. Se levantó, se puso el albornoz y se encaminó a la cocina. Mientras preparaba el café se quedó pensando en las palabras de Gabriela.

“Cariño, mi amor, se ha terminado, te he librado de ella para siempre”. Pero qué coño le pasaba a aquella mujer. Estaba seguro de que había bebido o se había puesto de pastillas hasta las cejas. Era un poco rara y desde que pasó “aquello”, se había vuelto

más extraña aún. A pesar de su actitud, él pensaba que todo había quedado aclarado. Sin dudas fue un error y por eso se disculpó, le dijo que era una buena mujer y que debían continuar sus vidas como si nada hubiera pasado. Creyó que ella lo había entendido y que había pasado página. Don Vicente estaba equivocado.

Cerca de las siete de la mañana la policía se presentó en su casa. Tenían a una mujer en la comisaría que decía ser su prometida. La habían encontrado con la ropa manchada de sangre y una carpeta con documentos de la empresa. Iba llorando y diciendo cosas incoherentes. “Debe usted venir con nosotros, don Vicente. Dice que solo en su presencia contará lo que ha sucedido”, le pidió amablemente el policía.

Lo que pasó en la comisaría fue como una larga secuencia de una película surrealista. Tan inofensiva que parecía su secretaria y resulta que lo había implicado en un crimen atroz. Gabriela, la Casta le dijo al comisario que en cada encuentro íntimo don Vicente le suplicaba que lo librara de la rubia y ella lo hizo, por él, por amor. Porque el bueno de su jefe era un santo, un caballero incapaz de matar una mosca. Por eso, se llenó de valor y se presentó en casa de esa puta, le rajó el cuello y le metió todas aquellas bragas sucias por la boca. Allí se quedó tiesa y con los ojos desorbitados. “Ahora ya podemos ser felices, mi amor. Lo he hecho como tú querías. Soy tu secretaria, la más eficiente, la más fiel”, le gritó a don Vicente antes de que se la llevaran enfundada en una camisa de fuerza. A él le esperaba un día largo de interrogatorios.

EL ÚLTIMO VIAJE

El viejo barco roza levemente las aguas soñolientas. Navega con parsimonia porque le pesan los años y las maderas. El sol desciende aliviado después de un largo día. Cientos de gaviotas revolotean disputándose los restos de una escasa captura. Los peces agonizan sobre la cubierta, atrapados en una red descolorida y mugrienta, los ojos desorbitados, como quien sabe que se le ha terminado la cuota de oxígeno. Entretanto, las pupilas cansadas de Pedro, el capitán, otean el horizonte intentando encontrar una respuesta a tanto abandono.

Ya no le importa la agonía de los peces. El corazón se le ha puesto duro como la madera del mástil. Tantas travesías, cientos de tormentas abriendo sus fauces y queriendo tragarse el pesquero heredado de sus tíos. La madera se queja, se tuerce, pero aguanta estoica. Cuando se hizo por primera vez a la mar tenía apenas catorce años. Ahora con casi cincuenta tiene el pellejo curtido y las manos ásperas. Hace unos meses su mujer recogió todas sus cosas y se marchó de casa. Se cansó de su mal carácter, de las borracheras en el bar de Antonio, los celos, los arranques de ira dejando una estela de platos y vasos rotos y unos cuantos moratones en su frágil anatomía.

Pedro cierra los ojos y siente cada golpe en su propia piel. Su padre también era un borracho y tenía la mano suelta. Cuando la madre murió de un ataque al corazón, el informe de la autopsia hablaba de múltiples fracturas mal curadas. Una semana antes había planeado con su hermano menor deshacerse del hijo de puta. Aquella noche cuando Pedro iba a poner el raticida en la botella de ron, Pablo se echó a llorar y dijo que los descubrirían e irían a la cárcel.

La misma tarde que enterraron a la madre, el padre regresó del bar cerca de las once de la noche. Tenía los ojos enrojecidos y una expresión satánica en el rostro. Mientras lanzaba improperios y destrozaba a patadas todo lo que se interponía en su camino se iba quitando el cinturón. Pedro sintió el golpe de la hebilla en su cara y cayó al suelo. Pablo lloraba e imploraba misericordia. La hermana de trece años se encerró en su habitación. De una patada el padre hizo saltar la enclenque cerradura. Se agarró del marco y volvió el rostro descompuesto para gritarle a los chiquillos que se largaran de casa. Los dos salieron disparados, uno con la mejilla sangrando abundantemente y el otro apestando a orines.

Casi todas las noches Pedro sueña con los gritos de su hermana implorando que la deje en paz. Pablo, agarrado fuertemente a su brazo sollozando, le dice que tienen que marcharse lejos. Él no quiere dejar a su hermana a merced del hijo de perra. Sueña también con la casa de acogida cuando el padre perdió la custodia de sus tres hijos. Fue un gran alivio, aunque la vida que les esperaba no era como para dar saltos de alegría. La niña tuvo más suerte. Unos tíos maternos se hicieron cargo de ella. La veían solo en Navidades cuando, por caridad, sus tíos los recogían en el orfanato para compartir con ellos la cena de Nochebuena.

Ninguno de los dos creía en Papá Noel ni en los Reyes Magos. Todos se habían olvidado de ellos, hasta Dios. Pedro era un chico fuerte y con mal carácter, por eso salía siempre en defensa de su hermano menor. Pablo era débil, enfermizo y le temía a todo. Sufría de unas terribles pesadillas y sus sábanas amanecían siempre mojadas. Más de una vez Pedro era castigado por pegarle a algún chico que se había burlado o golpeado a su hermano. Cansado de todo, cuando cumplió los catorce años se fugó del orfanato.

Los cuatro compañeros de Pedro desembarcan la captura en el muelle. Las gaviotas más atrevidas se acercan para garantizar el almuerzo. El negro senegalés las espanta agitando los brazos y gritándoles palabrotas en su idioma. Después de sacarles las tripas a los peces, los tripulantes de *La Tormenta* van acomodándolos en unas cajas con hielo. El camión que las recogerá está a punto de llegar. “Vente al bar con nosotros, Pedro. No hay mucho

que celebrar, pero da igual”. El irlandés intenta convencer a su capitán, pero es inútil. Pedro sube en silencio a cubierta, suelta amarras y enciende el motor. Desconcertados, sus compañeros se encogen de hombros y se alejan sin decir nada. De cierta manera se han habituado a los cambios de humor del jefe.

La Tormenta vuelve a alejarse del puerto. Los nubarrones grises han comenzado a cubrir el cielo otoñal. En la radio local se escucha una canción monótona. De repente, el aparato se queda en silencio y al cabo de unos segundos la voz nasal del locutor anuncia que la oficina de meteorología ha enviado un aviso importante de borrasca. Recomienda a todos los barcos que todavía se encuentran faenando que regresen a puerto. Pedro apaga la radio de un manotazo y saca la botella de ron que lleva siempre escondida en la bodega. Bebe un largo trago y luego otea el horizonte. El viento huracanado zarandea la embarcación. Los relámpagos alumbran el rostro barbudo y descompuesto del capitán. Toda la lluvia acumulada durante el verano se desploma sobre el mar.

“Esta es de la grandes”, piensa mientras empina nuevamente la botella. Vuelve a escuchar los gritos de su hermana. Pobrecita, qué mala suerte tuvo. Con diez años ya tenía cuerpo de mujer. La tía que la acogió la echó de casa al enterarse de que estaba preñada. La gente del pueblo murmuraba que el tío se metía en la cama de la adolescente cuando su mujer se iba a la fábrica. Dicen que se fue al sur. Lo cierto es que Pedro nunca más volvió a tener noticias de ella. Pablo se quedó en el orfanato hasta que cumplió los diecisiete. Luego se marchó a la capital. Lo vio una vez, flaco y harapiento, con la mirada extraviada, pidiendo limosna en el Parque Central. Se acercó, le puso un billete de cincuenta en la mano y se alejó sin decir una palabra.

Otro relámpago le devuelve una caricia de su madre cuando tenía apenas cinco años. El único gesto de cariño que recuerda. La pobre trabajaba de sol a sol atendiendo la casa, a los tres hijos y lavando y planchando ropa ajena para ganar algún dinero. Los fines de semana se iba a limpiar el caserón de las hermanas solteronas. Lo que realmente la llevó a la tumba fueron las palizas.

Era una mujer pequeña y enjuta. Tenía el corazón y los pulmones débiles. Pedro apura el último trago, escupe en el suelo y maldice a su padre. El motor del barco deja de rugir. “Maldito seas, desgraciado, hijo de puta. Por eso volví aquella noche, para llevarme a mi hermana y cambiarte la botella. Bebías cualquier cosa, por eso ahora te estás pudriendo en el infierno. Espero no encontrarme allí contigo porque te juro que volveré a matarte, cabrón”.

Un violento choque hace saltar los cristales de la cabina. El capitán cae de bruces y la sangre de su rostro se mezcla con el agua salobre que ha comenzado a inundar el suelo de madera. El Bajo de la Muerte, el endiablado arrecife. “Tantos años navegando y olvidé que estaba aquí”. “Eres un vago y un mataperros, Pedro. Por eso que te alimente tu madre. Yo no trabajo más para mantener mocosos malagradecidos”. El niño retrocede, se lleva una mano a la mejilla y palpa la carne abierta. El padre se tambalea mientras acaricia el cinturón de cuero. El reflejo de la hebilla de plata deslumbra a Pedro. Instintivamente cierra los ojos y deja que el agua vaya limpiando la sangre y calmando el dolor. El hombre cae al suelo de rodillas, maldiciendo y apretándose el estómago con ambas manos. La madre se acerca y lo mira con desprecio. Tiene un enorme moratón alrededor del ojo izquierdo. Aparta la mirada y se dirige hacia su hijo. “Ya no volverá a maltratarnos. Has hecho lo correcto, Pedrito”. El niño abre los ojos y corre a refugiarse en los brazos de su madre. Mientras tanto, el oscuro océano va engullendo los últimos restos del naufragio.

EL TUERTO

“Árbol que nace torcido jamás su tronco endereza”, gritaba la loca del pueblo cada vez que pasaba por casa de Eddy. La madre era una prostituta greñuda y desdentada y su padre estaba loco de remate. Los abuelos paternos lo recogieron el mismo día en que vino al mundo y, sin proponérselo, criaron un monstruo. Al cumplir los veinte, el Tuerto se fue derecho al infierno, con un muerto a sus espaldas.

Hacía apenas unas pocas horas que Lucía había dado a luz cuando Lucrecia entró en la habitación tapándose la nariz con un pañuelito blanco. La prostituta le hizo un gesto con la cabeza para que se llevara al crío. Envuelto en una sábana tan sucia como la choza donde había nacido, abandonó Eddy la casa de su madre. Al salir al portal, la señora reparó por casualidad en un árbol jorobado que crecía en medio del jardín. Curiosamente entre las hojas se asomaban unos capullos de un raro color añil. “Hasta las plantas crecen enfermas en esta casa”, pensó la buena mujer y apuró el paso para meterse cuanto antes dentro del *Chevrolet* del 53 que aguardaba en el camino polvoriento.

Eddy parecía un niño normal, sin embargo casi todos los miembros de la familia veían algo siniestro en aquel rostro redondo y moreno que los observaba con un solo ojo. Sus abuelos sentían pena por él y lo complacían en todo. Si pajarito volando quería, pajarito volando le traían. No conoció regaños, castigos o golpes. Era el rey de la casa y hacía siempre lo que le venía en ganas. A los nueve años de edad durante una revisión médica de rutina, el doctor se dio cuenta de que el chico sufría escoliosis. “¿Te duele la espalda, hijo?”, le preguntó el galeno mirándolo por encima de las gafas. Él lo miró con cara de pocos amigos y

le lanzó un escupitajo. La abuela se puso pálida, pidió disculpas y ambos abandonaron la consulta.

Lucrecia y Enrique vivían en la mejor casa del pueblo. Ella era una mujer corpulenta, de mirada desgastada y generosa. Además de sus cinco hijos biológicos, se había hecho cargo de tres huérfanos. Aunque tenía una chica que la ayudaba en las labores domésticas, se pasaba todo el día trajinando y cuidando de aquel pequeño ejército de chiquillos que corrían por el patio detrás de los conejos y las gallinas. Cuando llegaba la noche caía rendida. Desde hacía mucho tiempo dormía en una camita individual en la habitación de invitados. Su marido buscaba cualquier pretexto para salir de casa a echar una canita al aire. “Lucrecita, mi vida, voy al club un rato a jugar a las cartas”, decía después de emperifollarse y ponerse mucha colonia. Pero su mujer sabía que iba a saciar el apetito sexual con alguna fulana. Antes de dormirse, mientras rezaba, le pedía a Dios que perdonara los pecados de Enrique.

Los hijos propios y los adoptados crecieron y comenzaron a marcharse. Solo se quedó Orlando, el más joven, quien padecía un tipo de desorden mental que ningún médico había podido diagnosticar con exactitud. Unos hablaban de esquizofrenia, otros de trastorno bipolar, pero nunca llegaron a un consenso. Él vivía un encierro voluntario y solo salía de la casa una vez al mes para ir a cortarse el pelo. Apenas tres calles separaban la vivienda de sus padres de la barbería. Iba bien vestido y caminaba de prisa, con la vista fija en el suelo. En una de sus visitas al barbero, el único amigo que tenía Orlando, conoció a Lucía. Ella estaba sentada justo enfrente, en el bar de Arquelio tomándose una cerveza. Lo vio llegar y le clavó la mirada de gata apaleada.

—¿Quién es ese hombre tan guapo? —preguntó al cantinero.

—Con ese no te metas, está mal de la cabeza. Es el hijo de Enrique, el concejal.

—Me gusta, tiene los labios gordos y se le marca un buen bulto entre las piernas —la prostituta sonrió pasándose la lengua por el bigote para limpiarse la espuma de la cerveza y dejó la jarra a medias encima de la mesa—. Cóbrame, Arquelio. Voy a darme una vueltecita por la barbería.

A Lucía no le importó la advertencia. Encendió un cigarro y esperó pacientemente en la acera a que Orlando terminara. Él se asustó cuando ella le salió al paso, quiso esquivarla y casi echa a correr. Pero la mujer, experta en atrapar presas escurridizas, le saltó encima como felina hambrienta. Le arañó los brazos, el pecho, le lamió la cara, las orejas y con el lomo erizado fue clavándole los afilados colmillos, primero en el cuello, después en el abdomen y, por último, sus ojos húmedos y enrojecidos, se detuvieron a contemplar el descomunal miembro del pobre muchacho enfermo.

En aquel cuarto destartalado del burdel del pueblo, por primera vez en su vida, Orlando eyaculó dentro de una mujer. Lucía no pidió dinero a cambio, solo esperaba montar desenfrenadamente aquella bestia divina que, una vez al mes, le proporcionaba un placer desconocido hasta entonces. Un mediodía de mayo, coincidieron la lujuria y la ovulación y la prostituta quedó preñada.

2

El día que Eddy llegó al mundo las coincidencias fatídicas se habían confabulado. Ocurrió un inesperado eclipse de sol, nació un chivo con dos cabezas, un huracán fuera de temporada amenazaba con devorar el país, tembló la tierra y una plaga de bichos desconocidos engulló los sembrados de arroz. Para colmo de males cuando Luisa, la comadrona, palpó el vientre de Lucía se puso las manos en la cabeza y murmuró una plegaria. La criatura venía de nalgas. La parturienta gritaba con el rostro descompuesto y lanzaba insultos a los cuatro vientos. “¡Cállate, hereje y empuja con todas tus fuerzas!”, vociferaba Luisa mientras metía la mano en la vagina ensangrentada e intentaba poner de cabeza al chiquillo. Después de varias horas de angustia, Eddy salió por el maltrecho agujero, sin llanto y con un ojo vacío.

—Llama a la vieja y dile que venga a recoger al renacuajo— le pidió la meretriz a la comadrona—. En unos días tengo que salir a la calle a buscarme la vida. Por culpa de esta jodida preñez no me queda ni un puto centavo.

—Mujer, tienes que descansar y recuperarte. Habla con el padre de Orlando. El viejo es buena gente y seguro que te da dinero.

—El vejestorio pendejo ese lo que me va a dar es una patada en el culo, Luisa —le largó Lucía con el rostro pálido y bañado en sudor—. Busca a la vieja te digo, ahora que el hijo está en el manicomio, este niño le alegrará la vida.

Pero el mocoso tuerto fue siempre un dolor de muelas para la familia, incluso para los abuelos. La lástima y el exceso de mimos, lejos de convertirlo en una criatura indefensa, fue la mezcla perfecta para moldear un ser ladino, una especie de monstruo deficiente visual con un amor enfermizo por la transgresión. Dos días antes de que Eddy cumpliera los veinte años, a Lucrecia se le agotaron los pulmones y dejó de respirar. El abuelo se sumió en una tristeza tan profunda que renunció a la comida y a la luz del sol. Encerrado en su habitación, se fue consumiendo hasta que una ráfaga de viento entró sigilosa en el cuarto y apagó definitivamente la velita que ardía sobre el escritorio.

El nieto mimado no derramó una sola lágrima ni guardó luto. Se dedicó a pintar las paredes de la casa de colores oscuros y clausuró casi todas las ventanas. Trajo a una santera para que despojara cada habitación, ahuyentara a la familia y a los malos espíritus, y vendió todos los objetos de valor. Sus amigotes invadieron la casona como una voraz plaga de termitas. La música alta y las borracheras alteraron la paz del barrio. Los vecinos se quejaban constantemente, pero eso a Eddy le importaba un comino.

Una noche de brutal algarabía, llegó uno que le decían el indio Joe. Borracho como una cuba, quiso entrar por la fuerza en el convite, pero al menos cinco mozos fuertes y con los rostros serios le cerraron el paso.

—Lárgate, indio. Eddy no te ha invitado.

—Cállate, Nacho y dile al mariquita ese que salga y me lo diga en mi cara. Me debe dinero y vengo a cobrárselo.

—Te pagué con intereses lo que te debía, indio —Eddy salió de la penumbra con una navaja en la mano—. Ya oíste a mis amigos, así que saca tus patas sucias de mi casa.

—Sucia es la puta que te parió y te dejó tirado. Por cierto, ayer...

La frase del indio quedó colgada en el umbral de la puerta y su sonrisa de dientes cariados se transformó en una mueca agonizante. Eddy le había hundido la navaja en el estómago y el cuerpo moreno y desgarrado de Joe se desplomó ante la mirada incrédula de los presentes. Entre todos envolvieron el cadáver en una manta y lo tiraron como un saco de papas en el maletero del *Chevrolet*. El tuerto se sentía como un héroe de película americana. “Estamos todos metidos en esto hasta el cuello. ¿Queda claro?”, sus palabras le hicieron un guiño macabro a la noche. Eufórico y completamente borracho se subió al coche y se fue con la pandilla a toda velocidad.

Al día siguiente, en el bar de Arquelio, los clientes habituales escuchaban sobrecogidos una noticia publicada en la página de Sucesos del periódico del pueblo: “En la noche de ayer murió en un trágico accidente automovilístico el joven Eddy Mendoza González. Su cuerpo sin vida fue encontrado entre los restos del coche propiedad del excelentísimo señor concejal Enrique Mendoza Pérez, recientemente fallecido. Conducía solo por un camino en dirección al poblado de Pozo de los Ciegos, cuando perdió el control del vehículo y chocó contra un árbol.” La foto mostraba lo que algún día había sido un flamante automóvil que, convertido en un amasijo de hierro y cristales, acababa sus días de gloria empotrado en un tronco seco en forma de ese, en el jardín de una choza abandonada.

LA CAJA DE LOS RECUERDOS

Tan absortos estaban todos en su dolor que no repararon en la fetidez que envolvía la habitación. Después de ciento cinco primaveras vividas a plenitud, la abuela fallecía de un paro cardíaco en la misma cama donde dio a luz a sus nueve hijos. Maribel, la nieta más pequeña, se fijó en una bolsa enviada por la empresa de pompas fúnebres junto al féretro. Ahora reposaba olvidada en una esquina de la estancia donde habían instalado el velatorio. Se acercó y la abrió con mucho cuidado. El fuerte olor a podrido que salió de su interior le provocó arcadas. La muchacha se fue corriendo al cuarto de baño y regresó al cabo de unos minutos con la cara descompuesta y las manos temblorosas. Sus enormes ojos castaños no podían apartarse de la bolsa color rosa adornada con un lacito negro en la parte inferior derecha y un letrero azul impreso en letras góticas que anunciaba: Funeraria Vargas y Hermanos.

—Maribel, ¿qué te pasa, hija? ¿Has vomitado? Pobrecita mía, es el disgusto por la muerte de la abuela —la madre se acercó y le acarició la cabeza—. Ven, recuéstate un rato.

La adolescente rechazó la sugerencia con la vista clavada en la bolsa de plástico. Le parecía increíble que nadie hubiera percibido la fetidez. Era como si el dolor por la pérdida les hubiera mutilado el olfato. La mezcla del perfume de las azucenas y el olor a podrido le revolvieron nuevamente el estómago y tuvo que correr otra vez al retrete.

—Esa niña adoraba a la abuela —dijo entre sollozos Margarita, la hija mayor de la difunta—. Recuerdo que siempre la acompañaba en sus paseos por el jardín, la ayudaba a bañarse, a contar el dinero y le leía historias... Maribel, ve a dar un paseo para que te dé el fresco, hija.

—Huele muy mal, tía —por fin la chica pudo hablar.

—No, mi cielo, los de la empresa fúnebre la bañaron y hasta la maquillaron, tú sabes que ella era muy presumida —la tía Margarita no pudo continuar porque se le hizo un nudo en la garganta y otra vez empezó a lamentarse y a rezar entre lágrimas, con el coro de sus comadres de fondo.

—Les digo que eso huele mal, aquel bulto en la esquina —gritó Maribel, pero ya nadie la escuchaba.

Los rezos de los vecinos y el llanto de la familia estrangulaban las últimas palabras de la nieta predilecta. El desconcierto era tan grande y el hedor tan persistente que decidió salir al jardín. Observó con tristeza los geranios plantados por la abuela. Le gustaban mucho las plantas y se sabía los nombres de todas, las ornamentales y las medicinales. Decía que por cada flor que naciera, vendrían cuatro mariposas a chupar el jugo. Y no se equivocaba, Maribel las espiaba y llegaban siempre a la misma hora, exactamente cuatro por cada capullo.

Las más visitadas eran las rosas. “Porque tienen el néctar más dulce”, decía la abuela. Y entonces comenzaba un largo monólogo donde mezclaba la jardinería con los recuerdos de su marido difunto. Regresaba a sus veinte años y veía venir a aquel hombre maduro, alto, fornido, con un enorme sombrero de paño y vestido con camisa blanca, pantalón marrón y zapatos exageradamente lustrados. Le regalaba claveles rojos y un poema escrito por él.

“Era muy culto, leía de todo. Me llevaba treinta años, pero a mí no me importaba. Mi padre decía que era un vago, que mucha labia pero poco oficio, que si quería el dinero de la familia, que si era un viejo verde, que si lo veían todos los sábados en el burdel del pueblo. Yo no hacía caso a las habladorías, a mí me gustaba y dije que me casaría con él un viernes del mes de junio en la ermita junto al mar y así lo hice”, decía la anciana con la mirada fija en los recuerdos y la mano derecha sobre el pecho, como si el corazón quisiera escabullirse.

“Maribel, aunque eres la más chica, tú eres mi nieta favorita y te voy a pedir algo, mi niña buena. Prométeme que el día que yo deje de respirar, no permitirás que me entierren. No quiero

que los bichos me coman el cerebro. Esa es la parte más valiosa de mi cuerpo, lo único que no ha envejecido; ahí están todos mis recuerdos, los malos y los buenos, así que quiero que lo mandes a embalsamar, lo guardes en una cajita de madera de roble y lo lleses siempre contigo. Después que me incineren”, le pidió la anciana mientras le acariciaba la cabeza. Ella, risueña, abrazó a aquella mujer corpulenta y generosa y le juró por Dios que cumpliría su deseo.

Cinco años después y recién cumplidos los quince, Maribel estaba triste y furiosa; se sentía sola, abandonada por la única persona que la comprendía. El olor nauseabundo se había incrustado en su nariz y le provocaba unas arcadas terribles. Corrió en dirección a los geranios y sobre ellos descargó el enfado y un líquido verde. Le dolía mucho el estómago y allí se quedó, acostada sobre un reguero de flores destrozadas, medio adormilada.

El griterío la hizo levantarse de un tirón. “¡Qué horror, qué asco!”, vociferaban los vecinos mientras salían de la casa como cuervos asustados. Detrás de ellos escaparon todos los miembros de la familia. Algunos se quedaron en el porche mirando perplejos hacia la puerta y otros corrieron calle abajo y no pararon hasta la plaza del pueblo.

—¿Qué pasa, mamá, tía? ¿Por qué han salido todos espantados? ¿Es que acaso la abuela...?

La frase se quedó suspendida y Maribel corrió hacia el interior de la casa. Al llegar al salón vio que el ataúd permanecía cerrado y las sillas vacías yacían desparramadas por el suelo. Justo en el medio, sobre las losas color beige, estaba el anciano perro de la familia olisqueando algo parecido a una semilla de nuez gigante, pero blanda y de color blanquecino.

—El perro sacó esa cosa rara de la bolsa donde nos trajeron las pertenencias de la abuela; no sabemos qué es, pero tiene un aspecto asqueroso —dijo la madre sin poder quitar la vista de la masa imprecisa que reposaba en el suelo ajena al alboroto.

—Claro, lo había olvidado, los funerarios me lo envían a mí. Tengo que llamar de inmediato a Pedro el Embalsamador. He sido tan estúpida, ese era el olor a podrido. ¡Lárgate, maldito pe-

ro! —gritó Maribel mientras le propinaba una patada al animal.

—Niña, dinos qué es esa cosa —suplicó Margarita con un hilo de voz.

—No te preocupes, tía, es el cerebro de la abuela. Me pidió que lo embalsamara para preservar sus recuerdos. Fue su última voluntad —aseguró Maribel y se apresuró a recoger con cuidado los sesos de la difunta.

Parientes y vecinos se persignaron al unísono y la familia al completo corrió hacia al féretro para buscar una prueba que confirmara lo que decía la muchacha. Ninguno se atrevió a abrir el ataúd. En ese momento, los vecinos se apretujaban en las ventanas y la puerta para no perderse ningún detalle de aquel inusual espectáculo. Mientras los familiares se miraban unos a otros expectantes, el timbre del teléfono estremeció las paredes del comedor y todos, hasta los curiosos, dieron un respingo.

—Dígame —contestó Maribel con voz firme.

—Señorita, le llamamos desde la Funeraria Vargas y Hermanos. Necesitamos hablar con doña Maribel Longoria de Villanueva.

—Sí, soy yo, ¿qué sucede?

—Lo sentimos muchísimo, pero hemos enviado junto con el cadáver de la finada el cerebro de otra persona. Nos han llamado hace un par de minutos de la morgue para informarnos sobre el equívoco. El cerebro de doña Eulalia está de camino hacia nuestra empresa. No se preocupe usted, enviaremos lo más pronto posible un mensajero con el órgano correcto. Le pedimos nuestras más sinceras disculpas y le acompañamos en el sentimiento.

—¡Qué desastre, por Dios! Dense prisa, no quiero que los recuerdos de mi abuela se descompongan por el camino, hace mucho calor. Si eso ocurre les juro que los demandaré —Maribel dejó caer con fuerza el auricular.

El cerebro de doña Eulalia llegó al cabo de una hora y venía perfectamente acomodado en una bolsa con hielo. Mientras los recuerdos hibernaban, toda la familia se preparaba para llevar los restos mortales al crematorio. Maribel había hecho venir a Pedro el Embalsamador que llegó con su maleta de cuero repleta de

frascos y jeringas. A las doce en punto del mediodía, con el sol derritiendo las piedras, las campanas de la iglesia comenzaron a repicar y, entre sollozos y plegarias, la procesión partió a pie detrás del coche fúnebre. Maribel caminaba con la cabeza alta, sin derramar una sola lágrima, agarrada del brazo de su tío Pascual. Una sensación de alivio comenzó a aflojarle el pecho. “He cumplido mi promesa, abuela. Aquí llevo la cajita de madera de roble con todos tus recuerdos, los buenos y los malos”. A la entrada del cementerio, el longevo perro de la familia recibió a la comitiva moviendo alegremente la cola.

LA TRAVESÍA

“¡Qué calor, por Dios! Gallego tacaño, no pudiste comprarme un pasaje en primera clase. Creo que voy a vomitar otra vez. Este olor a grasa, orines y sudor me revuelven las tripas. Tengo el estómago estragado. Nunca más vuelvo a visitar a mis parientes. Lo siento por papá, pero a Galicia no regreso”. Amancio se retorció en su camastro tratando de dormir. Entre el calor y las náuseas le era imposible conciliar el sueño.

—Hijo, te hemos conseguido un pasaje en tercera clase. Lo siento, no hay *diñeiro* para *máis*. El barco zarpa pasado mañana. Dile a mi hermano que le echamos mucho de menos —le soltó sin respirar su tío Raimundo aquella tarde gélida de enero mientras comían en la casita del pueblo.

—Pero tío, mi padre me dijo que viajaría en primera. Son muchos días y ya sabe que me mareo en los barcos —dijo Amancio con expresión suplicante.

—*Iso é o que hai o meu fillo* —el tío Raimundo se sonó la nariz con el mantel y se levantó de la mesa.

“Siempre se hace el loco este viejo solterón. Me habla en gallego cuando le conviene”, masculló Amancio con los puños apretados. “Dice papá que tiene oro enterrado, sin embargo vive como un mendigo el muy cicatero. Por eso se va a morir solo como un perro”.

Amancio Mosquera era hijo de un emigrante gallego y una agraciada habanera. Su padre, huérfano y cansado del pueblucho donde había nacido, y del hermano solterón y la tía esquizofrénica que se hicieron cargo de él, se marchó a Cuba con dieciséis años, a probar fortuna en la isla caribeña. Tenía dos hermanos más; uno se había establecido en Venezuela y el otro andaba por

Barcelona. Amancio era el menor y, por tanto, el más mimado de cuatro hermanos. De su madre heredó la belleza y del padre el amor por las novelas policíacas y de misterio. Por eso, desde pequeño lo tuvo claro, sería investigador privado. Con ese porte y una pistola no habría mujer que se resistiera. “¡Cuánto tiempo sin sentir el peso y el aroma de una buena hembra! Me voy a morir en este barco de mierda, lleno de vómitos y de meado. ¡Me cago en diez! ¡Gallego tacaño!”. Amancio intentaba no ahogarse en una sopa de orines, medio deshidratado, con el rostro cadavérico o *chupao*, como decía su abuelita Virginia.

—Oye Aniceto, ese tipo está delirando. Yo creo que está medio muerto —le dijo el negrito al que parecía ser su compinche.

—Eso no nos importa, moreno. Acaba de guardar la navaja y el material, que puede entrar alguien —respondió un tipo rubio, altísimo y encorvado, con una hilera de dientes putrefactos en la encía superior.

—Yo creo que deberíamos avisarle a alguien de la tripulación. Si se muere aquí podría traernos problemas, galleguín.

—No me digas galleguín, coño; ya sabes que no me gusta, negrito de *merda* —Aniceto agarró a Evaristo, alias el Titi, por el cuello de la camisa y lo sacudió.

—Vamos, mi socio, no te pongas así. Lo de galleguín es de cariño. Te decía lo del blanquito ese porque si se rompe aquí van a venir a investigar, y tú sabes que eso no nos conviene. Tenemos mucha marihuana escondida. Además, acuérdate del tipo aquel que mandaste al otro barrio en el muelle en Galicia.

—Cierra la boca, Titi, si no quieres que te arranque la lengua y se la tire a los tiburones. Lo que tienes que hacer ahora es ir a cobrarle al chino maricón que no te ha pagado. Y que sea la última vez que entregas la mercancía sin que te den el dinero. Como tú mismo dices, “el muerto alante y la gritería atrás”.

—Ya estás hablando como yo. *Na má* te falta bailar la rumba —con una gran sonrisa que mostraba sus dientes impolutos, el Titi se fue a cumplir la encomienda.

“Hijo, tómate la sopita. Anda mi amor que estás muy débil. El caldito de la abuela está que levanta a un muerto”, Aman-

cio escuchaba la voz de su madre, pero no podía abrir los ojos. Era como si tuviera dos sacos de papas encima de los párpados. “Dame los platanitos, Alfonso, mi mamá me los dio a mí; ya tú te comiste los tuyos. Gordo de mierda, por eso te dicen la batea”. Amancio trataba de alcanzar a su hermano mayor para quitarle el plato de plátanos fritos, sin embargo las piernas le pesaban como si tuviera dos anclas colgando de las ingles.

“Señor, le he traído un poquito de manzanilla; tiene que tomar algo”, aquella voz mansa no podía reconocerla. No la tenía registrada en los recuerdos, ni en los archivos de su oficina. Una mano le alzó la cabeza unos centímetros y sintió en los labios el líquido caliente y dulzón. Logró levantar los párpados unos pocos milímetros y entonces descubrió su rostro. Pelo ondulado y negro como el carbón; ojos verdes y apacibles como el mar cuando el sol se despierta; nariz pequeña y pecosa; labios carnosos, húmedos y ligeramente abiertos en una sonrisa angelical. “¿Ángel? ¡Coño, estoy muerto! ¡Me cago en tu madre, gallego miserable!”. Amancio sentía que se elevaba mientras aquel líquido azucarado le bajaba por la garganta. Después, todo se oscureció y no supo más.

Una fuerte discusión acompañada de gritos e insultos lo sacó violentamente de su sopor. Se incorporó poco a poco y logró distinguir tres siluetas en la penumbra. Se sentía un poco mejor. Alguien había puesto sábanas limpias. Se incorporó en el camastro. Todavía estaba mareado y débil, pero ya no le dolía la cabeza.

—Perdone, señor, lo hemos despertado —el ángel que vio en sus sueños estaba delante de él en carne y hueso—. Estos tipos son unos groseros. He tenido que pegarles unos cuantos gritos para que me dejaran tranquila. Soy Estrella de la Caridad. Mucho gusto.

—La señoritinga tiene buenos modales, Titi. A nosotros nos gruñe, pero con el caballero es toda una damita. Tiene usted suerte, señor, lo han cuidado como a un recién nacido —dijo Aniceto con una risita burlona que mostraba su maltrecha dentadura.

—Deja eso, gallego. Vamos *pa* fuera, mira que el señor está muy enfermo y aquí la señorita es enfermera —dijo el negrito amablemente.

—¿Enfermera? No me hagas reír, negro de *merda*. Esta morena es puta de los muelles, que la conozco yo muy bien.

—¡La madre que te parió, gallego! Cierra el pico y lárgate de una vez —Estrella lo miró desafiante mientras apretaba algo en la mano derecha.

—Vamos *pa* fuera, compadre. Déjala tranquila —el Titi agarró a Aniceto por el brazo y lo arrastró a cubierta.

Amancio no pudo decir una sola palabra. Aquello sucedió demasiado rápido, como en las escenas de esas películas de gánsteres que tanto le gustaban. Cuando el gallego y el negrito se marcharon, Estrella se sentó a su lado y le pidió perdón por tanta algarabía. Le explicó que esos dos rufianes habían intentado propasarse más de una vez, que ella no era ninguna fulana. Había sido engañada por un vasco que conoció en Cuba. Él le prometió villas y castillos y cuando llegaron a España quiso meterla en la prostitución. Ella tuvo que escapar; pasó muchas vicisitudes hasta que llegó a Galicia donde trabajó como criada un tiempo para poder pagarse el pasaje de vuelta.

“Usted es una persona decente, eso se nota. Lo vi tan enfermo y me dio pena. Por eso, le cambié la ropa, las sábanas y lo alimenté. Creí que iba a morirse, pero usted es muy fuerte. Le pedí mucho a mi virgencita de la Caridad del Cobre para que lo salvara. Un policía que viaja en el barco me aseguró que usted era buena gente, que lo conocía porque era de La Habana también. Dice que usted es detective, como esos del cine. No se preocupe, no se lo he dicho a nadie”.

Amancio miraba embelesado a Estrella. Estaba tan cerca de él que podía percibir el olor acaramelado que desprendía su cuerpo. Aquellos labios rojos que se abrían y cerraban; su sonrisa cándida; el pelo cayéndole sobre la frente y las curvas deliciosamente perfectas. De repente, sintió que la bragueta del pantalón estaba a punto de estallar, detalle que no pasó inadvertido para la muchacha. Ella sonrió y Amancio se dejó caer nuevamente en el camastro y se tapó con la sábana hasta el cuello.

—Muchas gracias, señorita Estrella. Le estoy muy agradecido por todo lo que hizo —dijo el enfermo con las mejillas encendidas.

—Por nada, Amancio. Te puedo tutear, ¿verdad? Y no tienes por qué avergonzarte, hombre, son cosas que pasan —Estrella le acarició tímidamente la mejilla y se levantó.

—Sí, claro. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Ya te dije que hay un policía en el barco que te conoce. El mundo es muy pequeño. Ahora descansa; luego te traigo una sopita.

Amancio se quedó aletargado pensando en el policía. ¿Quién podría ser? Conocía a muchos; unos que respetaban la ley y otros que la usaban para encubrir sus fechorías. Recordó entonces aquel incidente el pasado año. Era el mes de enero de 1954 y un chiquillo, de apenas dieciséis años, apareció lleno de agujeros de bala flotando en las sucias aguas de la bahía de La Habana. Todo el mundo hablaba de riñas entre bandas de los barrios bajos, pero él sabía muy bien que había sido una venganza.

Raúl, así se llamaba aquel policía que le provocaba náuseas. Era un tipo arrogante y ladino que tenía siempre la porra dispuesta para dar una buena paliza, y el arma lista para disparar. Era un abusador. No tenía cojones para enfrentarse a los traficantes y otros delincuentes peligrosos. Sin embargo, se las daba de bravucón con esos jovencitos que delinquían porque tenían hambre. Gozaba manoseándolos y amenazándolos con su pistola *Colt*, calibre cuarenta y cinco. Le gustaba verlos humillados, con los pantalones húmedos suplicando misericordia desde el suelo.

Raúl frecuentaba el barrio de Jesús María, en el casco antiguo de la ciudad, punto de encuentro de bandas rivales y escenario de reyertas y puñaladas. Allí conoció a Bárbara, una mulatica preciosa que andaba en amoríos con un rubito de clase media. Una tarde, cuando ella regresaba del mercado, el policía la abordó en una esquina y quiso besarla a la fuerza. Mario, un mulato que a pesar de su corta edad medía más de uno ochenta y tenía músculos de levantador de pesas, lo vio y corrió a defender a su madre.

El puñetazo fue certero y la nariz de Raúl comenzó a sangrar copiosamente. Medio aturdido, se levantó y quiso sacar el arma, pero el joven le dio una patada en el estómago que lo dejó fuera de combate. Un negrito agarró el arma y se largó a toda veloci-

dad. Bárbara lloraba abrazada a su hijo y le pedía que se fuera, que desapareciera. Raúl, desde el suelo y con la cara ensangrentada, escupió un par de dientes y la esperada amenaza. “Esto no se queda así, mulato de mierda; tú me las pagas, *hijoputa*”.

Un mes más tarde, el cadáver de Mario apareció flotando en el mar, muy cerca del malecón, cocido a balazos y mordisqueado por peces y cangrejos. Amancio se encargó de investigar el crimen y todas sus pesquisas lo condujeron derechito a la estación número tres de la calle Empedrado, en la Habana Vieja. Cuando quiso interrogar a Raúl se armó la gorda. ¿Cómo era posible que esa gentuza del barrio de Jesús María tuviera la desfachatez de acusar a un hombre intachable, un defensor de la ley y el orden? Esas fueron las palabras escupidas por el jefe de Raúl en la cara del investigador.

El brigadier Hernández era un ejemplar de la raza bulldog, tuerto y con mal aliento; las malas lenguas lo llamaban el Bugarrón. Además del honor de aquella estación de policía, el brigadier apoyaba a uno de sus hombres más eficientes. El detective supo más tarde que algunos subordinados como Raúl le cuidaban de manera muy especial el trasero, por eso Hernández les defendía con tanta vehemencia.

Cansado de dar cabezazos contra un muro de concreto, y muy a su pesar, tuvo que archivar el caso. “Ojalá no sea Raúl quien viaja en este barco. Tengo que verlo y si fuera él, tendría que advertirle a Estrella. Una muchacha inocente como ella podría caer fácilmente en las garras de ese camaján”, pensaba Amancio mientras una punzada en la boca del estómago lo hacía doblarse en el camastro.

—¿Cómo está mi amigo el detective? —preguntó el policía a la mujer que yacía desnuda a su lado.

—Jamás pude imaginar que serías tan bueno en la cama —respondió ella con cara de satisfacción.

—Eso no fue lo que te pregunté, mamita. ¿Le pusiste aquello en la sopa?

—Deja de preguntarme la misma cosa, chico. Hice exactamente lo que me pediste. Pero eso no es coser y cantar. La medi-

cina trabaja lentamente —le respondió ella mientras jugueteaba con su pelo.

—Más te vale no fallarme, Estrellita. Me debes mucho. Si no fuera por mí, todavía te estarías acostando con el gallego asqueroso y abusador que te echaste de marido —le recordó Raúl y se levantó de un tirón—. Voy a dar una vueltecita, a ver cómo está el ambiente allá fuera.

—No te vayas, chico. ¿Crees que allá fuera va a estar mejor que aquí dentro? —la mujer se levantó de la cama y abrazó al policía.

Aunque en la cubierta del barco hacía frío, a Amancio le sentaba bien respirar aire puro. Se sentía débil, pero la sopa de Estrella le había entonado el estómago. A unos pocos metros de él, el Titi conversaba animadamente con un grupo de pasajeros. Una gorda con el pelo teñido de rojo explosivo reía a carcajadas. Un hombre con muletas y barba de una semana lo miraba serio e incrédulo. Otro, un chino más flaco que una caña de bambú, sonreía solo para quedar bien pues era evidente que no se enteraba de nada. Alejado del grupo, Aniceto fumaba tranquilamente oteando el horizonte. Algo le preocupaba porque tenía el ceño fruncido y se rascaba la cabeza nerviosamente.

—Tremendo circo que lleva este barco —Raúl se dirigió al investigador engolando la voz, pero no pudo evitar que se le escapara un gallo.

—Vaya, vaya y usted lo dirige. ¿No es así, señor agente?

—Veo que no has cambiado, Amancio. Sigues tan *echaíto parlante* como cuando trataste de joderme con el asuntico ese del barrio de Jesús María.

—¿Qué quieres, Raúl?

—Pues yo quiero ganarme la lotería y gozarme a aquella hembra en una suite del hotel Nacional —dijo el policía señalando a Estrella que también estaba ahora en cubierta y se había unido al coro alrededor del negrito parejero.

—Déjala en paz. No te metas con ella —el tono de Amancio era ligeramente agresivo ahora.

—Ah, el Sherlock Holmes habanero tiene buen gusto. ¿Te dio de comer a ti también? —Raúl lo miraba con gesto burlón y desafiante a la vez.

—¡Cabrón! —Amancio caminó mirándolo a los ojos y con una mano en la sobaquera.

—Buenas tardes, señores —Estrella intervino halando a Raúl discretamente por la cazadora—. Ese negrito es comiquísimo, pero miente más que Pinocho. ¿Cómo se encuentra, señor Amancio? El cocinero tiene lista la sopa para usted. He hablado con el capitán y al enterarse de que es detective, lo ubicará en un camarote en segunda clase. Dice que faltan solo dos días para llegar a La Habana.

—Gracias, señorita Estrella. Es usted muy amable. Adiós, señor agente, un placer saludarle —Amancio lo miró a los ojos unos segundos y luego se alejó lentamente.

El policía sonreía mientras observaba con lascivia las nalgas de Estrella que se había colgado del brazo de Amancio. “Perra, como no le pongas el veneno en la sopa al tipejo este y te lo bailes, te voy a cortar el culo en pedacitos. Puta de tres por kilo”. Tan absorto estaba Raúl rumiando su rabia que no se dio cuenta de que el gallego Aniceto se le había acercado por detrás, con una reluciente navaja en la mano izquierda. Hasta el tuétano se la clavó tres veces. El agente, con el desconcierto y el horror dibujados en el rostro, se dio la vuelta, se llevó la mano al interior de la chaqueta, pero no tuvo fuerzas ni tiempo para sacar la pistola. Aniceto le asestó dos golpes más en el estómago. El hombre cayó de bruces y besó a la muerte en el suelo lustrado por el agua de mar.

—¡Me cago *na miña nai!* *Pensei que este era o outro* —el gallego contemplaba horrorizado su equivocación.

—Sí que la has *cagao*, galleguín. ¿Qué le has hecho a ese cristiano? ¿Te has vuelto loco? Te lo dije, mi hermano, se te fue la mano con las hierbas —Titi se puso cenizo y temblaba de pies a cabeza viendo al hombre que se desangraba tirado en el suelo.

—¡Cállate, negro! Le oí decir a la chica que era un *ditective* y el cabrón seguro andaba detrás de nosotros, por eso se metió en

tercera clase. ¡Lo he confundido con el otro, coño! Es que iban vestidos igual y andaban los dos con la moza.

—Detective, gallego, se dice detective —le gritó el Titi riendo nerviosamente.

—*Non fales merda, negro e axúdame.* Hay que tirarlo por la borda. Aprovechemos que no hay gente; nadie me ha visto.

—¿Y la sangre, gallego? Hay mucha sangre, coño —Titi tenía los ojos fuera de sus órbitas y sudada copiosamente.

—¡Límpiala con tu camisa, hostia!

—Qué va, muchacho, esta me la compré en Miami; es auténtica.

—Negro maricón, *fai o que che digo.*

—Está bien. Cálmate, viejo —Titi se quitó la camisa de palmeritas y playas paradisíacas y se dispuso a limpiar la cubierta.

Una hora más tarde, mientras las criaturas marinas se zampaban el cuerpo de Raúl, Estrella iba intercalando las cucharadas de sopa que le daba al convaleciente con mimos y besitos. Instalados en un camarote en segunda clase y con el mar en calma, a Amancio le daba igual si la travesía duraba un mes más. Ya no se acordaba de los vómitos, el mareo, los indeseables compañeros de la tercera clase y mucho menos de Raúl.

El olor a jugo de caña que desprendía el cuerpo de Estrella lo obnubilaba y le producía un calor tan intenso en todo el cuerpo, que el sudor le empapaba la ropa. Aquella diosa color canela lo había hechizado. “Te he puesto unas goticas de una medicina muy buena para entonar el estómago y para que recuperes las energías”, le susurraba ella al oído mientras le acariciaba la entrepierna. Era tal el éxtasis experimentado por Amancio que sus párpados se fueron cerrando hasta que su cerebro se quedó completamente a oscuras.

—Gallego, el otro también está listo para un buen chapuzón. Espero que el negro no sospeche nada.

—No, *a miña* señora. Ese tiene aserrín en el cerebro. Todo ha salido como lo planeaste.

—Muy bien. Cuando te deshagas del cuerpo ve al camarote. Debajo del colchón de tu cama hay un sobre con dinero. Dale

algo al negro; dile que es un extra por la venta de la marihuana. Ah, y les he dejado sopa, pan, queso y una botella de vino.

—*Canta xenerosidade, a miña señora.* A mí lo que me gusta es comer carne fresca de ternera —el gallego clavó su mirada estrábica en las caderas de la mujer.

—Todo a su tiempo, guapetón. Termina tu trabajo y no olvides alimentarte bien. La sopa está deliciosa —dijo Estrella con el asco y la satisfacción disputándose un lugar en su rostro perfecto.

Dos días después, el 23 de enero de 1955, el *Lucero do Alba* atracaba en el puerto de La Habana. Era una mañana espléndida y los familiares de los pasajeros esperaban ansiosos en el muelle. La gente humilde se mezclaba con las señoras vestidas de fino algodón y sombrero, y los señores con trajes caros y zapatos lustrados. Todos observaban el ir y venir de la tripulación ultimando detalles para que los viajeros pudieran bajar lo antes posible. Por fin desplegaron la pasarela y aparecieron los de la primera clase. Damas esbeltas, ataviadas elegantemente y perfectamente maquilladas agitaban pañuelitos blancos de seda y sonreían a la multitud.

Llamaba la atención una señorita muy atractiva, con un original vestido *vintage*, tacones altos, sombrero a lo Audrey Hepburn y gafas oscuras. Bajaba lentamente, apoyada en el brazo de un negro alto y fornido, de porte elegante y luciendo varios dientes de oro. Desde la muchedumbre comenzaron a escucharse algunas exclamaciones: “¡Dios mío, es la viva estampa de Carmen Miranda, pero mucho más alta y viene del brazo de Kid Chocolate!” La gente aplaudía y saludaba a la pareja. Ellos, emocionados, respondían lanzando besos a los cuatro vientos.

—Nos confunden con gente famosa —dijo ella apretando con fuerza el brazo de su acompañante.

—¿Qué hacemos, mi amorcito? —preguntó el Titi, turbado y nervioso.

—Solo saluda, sonrío y síguelas la corriente.

A pocos metros de la aclamada pareja venía bajando la pasarela un hombre alto, vestido con gabardina *Burberry*, sombrero de Panamá encajado hasta las cejas, gafas de sol y una mano

aferrada a la sobaquera. Ante la mirada atónita de los pasajeros, el tipo desenfundó la pistola y disparó dos veces. El sonido de las detonaciones se confundió con el clamor de la sirena del *Lucero do Alba* a modo de despedida.

EL ALACRÁN EMIGRANTE

El animal no se lo pensó dos veces y se coló de madrugada en la maleta aún a medio hacer. Sabía que la mujer partiría a primera hora hacia Europa. Cansado de una vida monótona y de los lamentos de todos los que pasaban a su lado, había decidido abandonar el trópico y probar suerte en otras latitudes.

Ibis no se percató de la presencia del polizón cuando, muy temprano en la mañana, abrió el equipaje para echar un saquito de frijoles negros. El animalito se había escondido dentro de un blúmer de encaje negro, el favorito de la mujer. Donde vivía con su marido y cuatro hijos, era imposible conseguir frijoles de cualquier color. Tampoco había mangos, aguacates o plátanos verdes. Cansada de comer bacalao y papas hervidas, cada vez que viajaba a su isla natal iba de compras a los barrios marginales. En el mercado negro conseguía los preciados productos a muy buen precio.

Un día vio una cotorra chillona que lanzaba palabrotas como perdigones a todo el que pasaba por allí y preguntó su precio. Después de media hora de regateo, decidió marcharse sin el animal. Eso de darle un diazepam para que se mantuviera callado durante el viaje le pareció un acto cruel. Tampoco sabía si se adaptaría a la nieve y a la granja en los fiordos del oeste de Islandia.

Cuando el alacrán asomó la cabeza todo estaba oscuro y hacía frío. Estaba mareado y hambriento. Dando tumbos logró salir del equipaje y, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que ahora viajaba en el maletero de un coche. A los lejos pudo escuchar una conversación en un idioma desconocido. Al parecer la mujer discutía acaloradamente con un hombre. De

repente, el coche frenó en seco y la puerta del portaequipaje se abrió. El escorpión salió disparado y aterrizó de bruces sobre la carretera. Gracias a que una capa de cinco centímetros de nieve cubría el asfalto pudo sobrevivir a tan estrepitosa caída.

Han pasado cinco días desde que la policía de Reykjavík encontró un extraño animal que deambulaba por el arcén de la autovía que une el aeropuerto con la ciudad. En el telediario de la noche el locutor afirmó que no sabían la procedencia de la criatura que fue capturada por el grupo de operaciones especiales y trasladada de inmediato, bajo fuertes medidas de seguridad, al Museo de Ciencias Naturales de la capital islandesa.

El alacrán caribeño ha cumplido un sueño gracias a su paisana Ibis que, a pesar de enterarse de la captura de un animal tan común en su isla natal, no sabe que fue ella quien lo introdujo ilegalmente en el país. Ahora vive feliz en un terrario de lujo y, aunque no entiende una sola palabra, sabe que es el bicho más popular del museo. Los científicos se preguntan cómo es posible que un habitante del trópico sobreviva en una isla tan cercana al círculo polar ártico. Mientras tanto, el alacrán los observa con una sonrisita maliciosa, creyéndose inmortal.



Casa de los abuelos

ÍNDICE

Prólogo de Manuel Díaz Martínez	9
El alboroto de Cachita	11
Las profecías de Gelasia	14
Lágrimas negras	16
La flor del limonero	21
La última princesa	23
Alergias	27
La engañadora	28
El coleccionista	37
Espejismo	40
Cabizbajos	42
La solterona	44
La punzada del guajiro	47
Un bolera para Sandra	50
Rabo de nube	52
El podólogo	55
El pescador	58
Caricias virtuales	60
Cambio de planes	61
La decisión de Julia	62
Punto final	63
El territorio onírico	66
La mecedora	68
Por prescripción facultativa	70
Cartas a Marina	71
Nupcias en solitario	75
Sabor a mango	77
Son de la loma	83
Metáforas	85
La casta y el bueno	87
El último viaje	93
El tuerto	97
La caja de los recuerdos	102
La travesía	107
El alacrán emigrante	118



Boda de los padres de la autora

Este libro se terminó de imprimir
el 12 de abril de 2021



Foto de la autora con sus padres

RESUMEN DEL CATÁLOGO (1987-2021)

Colección Narrativa

- Al otro lado de la zarza ardiendo*, de Graciela García Marruz.
Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.
El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.
Ruyam, de Pancho Vives.
Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.
Memoria de siglos, de Jacobo Machover.
El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro,
Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca).
de Raúl Thomas.
Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.
Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.
Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.
Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.
Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.
La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.
Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.
Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.
Chivitas, de Adriana Restrepo.
Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.
Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.
Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.
Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.
Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.
Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llópiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.

Decían que soy.., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.

Astillas, fugas, eclipses (Cuentos), y *Caracol de sueños y espejos*, de Mirza L. González.

Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.

Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.

Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.

Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.

Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.

Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Sombra.

Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.

Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.

Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.

Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.

Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe trad. al inglés por Nancy Festinger.

La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.

Emigrando (Cuba. Venezuela y España: 1945-2005), de Carlos Rodríguez Duarte.

Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.

Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.

Palabras de Mujer/Parables of Women, de Olga Connor.

Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.

La semana más larga, de León de la Hoz.

La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.

Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.

La alianza de oro, de Nery Rivero.

Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.

Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.

En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso político), de Rafael E. Saumell.

Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.

Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.

Fantasías reales, de Silvia Burunat.

17 memorias y un prólogo, de VV. AA.

Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.

De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.

Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín

Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román

Escribas, de Aimée G. Bolaños.

From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados), de Silvia Burunat.

Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.

El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva

Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjarí Román.

Mi vida en "La Piedad", de David Carlos Gall

Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos), de Francis Sánchez.

Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.

Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos), de Amir Valle.

Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba, de Uriel Mendieta Gutiérrez.

No quiero llanto, Dolores Labarcena

La punzada del guajiro y otros cuentos, Belkys Rodríguez Blanco.



Glorieta del Parque (Batabanó). Foto de Ramón Rivero.



Liceo Batabanó. Foto de Ramón Rivero.



Belkys Rodríguez Blanco nace en Batabanó, al sur de la isla de Cuba, en 1968. Estudió Periodismo en la Universidad de La Habana. En 1998 emigró a Islandia. Ha trabajado en diferentes medios de comunicación en la capital de la isla caribeña y en Las Palmas de Gran Canaria, ciudad que la adoptó en el año 2006.

Ha publicado varios relatos en ediciones colectivas. Su primer libro de microficciones, *Relatos en minifalda* (CanariaseBook), vio la luz en el año 2014. En 2016, publica su segundo volumen de relatos cortos, *Miradas al descubierto* (CanariaseBook), junto a dos escritoras canarias. Varios de sus poemas aparecen en *Poetas cubanos en Canarias* (Cuaderno La Gueldera). Presentó su primera novela infantil-juvenil *El sueño de Amalia* (Alargalavida-Bilenio) en 2019. Fue premiada con accésit en la XXV Feria del Libro de Las Palmas de Gran Canaria con el microrrelato *Rebelión*. Es codirectora de la revista digital L&B Actual.

Hay un Macondo más allá de las páginas de *Cien años de soledad*. Está en la isla de Cuba, al sur de la provincia La Habana; en el pueblo donde vivió el mexicano que compuso el vals *Sobre las olas* y la negra Gelasia leía el futuro en los caracoles. Allí nació y creció la autora de estos relatos que, aunque fueron concebidos en otros territorios isleños, llevan impresos los genes del guajiro: sentido del humor y socarronería. Un chachachá, el negrito y el gallego, un rabo de nube, el cocuyo y la lagartija, el tuerto y retorcido Eddy, una *app* de citas que se convierte en trampa mortal y la punzada que provoca el amor son algunos de los protagonistas de estas historias batabanoenses.



editorial **BETANIA**
Colección NARRATIVA